

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

JANKA, MARKUS: *Ovid, Ars Amatoria Buch 2: Kommentar*. Heidelberg, Universitätsverlag C. Winter, 1997, 514 pp.

Aunque parezca extraño, hasta hace muy poco sólo disponíamos para el *Ars Amatoria* de Ovidio de los comentarios de Paul Brandt (Leipzig, 1902 = Hildesheim, 1963) y de los italianos E. Pianezzola, G. Baldo y L. Cristante (Milán, 1991). También estaba a nuestra disposición el conciso, pero excelente comentario de A. S. Hollis para el libro I (Oxford, 1977). Ahora, ha llegado a nuestras manos un extenso comentario al libro II que será un libro de obligada referencia para los estudiosos de Ovidio y de la poesía augustea. También acaba de publicarse el comentario del libro III a cargo de R. K. Gibson (*Ovid. Ars amatoria book 3*, Cambridge: Cambridge University Press 2003, pp. 446) de la Universidad de Manchester, ya iniciado en su tesis doctoral. Por cierto, los españoles dedicados a la filología clásica (los que se dedican al humanismo latino es otro cantar) andamos perdidos en esta fundamental faena de filólogo: el comentario filológico de los textos clásicos.

El volumen se inicia con una completa bibliografía (pp. 13-29), en la que falta, como es usual allende nuestras fronteras, referencias bibliográficas españolas (¡ni siquiera una!). Al menos, podría haber sido de no poca utilidad para el mismo Janka la monografía de E. Montero, *El latín erótico* (Sevilla, 1991), indispensable para el conocimiento del léxico amatorio latino. Añádase también otros libros, como por ejemplo: R. K. Gibson, *A commentary on Ovid's Ars Amatoria III, 499-812*, Cambridge, Ph. D, 1993; A. Ramírez de Verger y F. Socas, *La obra amatoria de Ovidio. II: El arte de amar*, Madrid: Alma Mater, 1995; F. Navarro Antolín, *Lygdamus. Corpus Tibullianum III.1-6: Lygdami elegiarum liber. Edition and Commentary*, Leiden, 1996; J. L. Arcaz, G. Laguna Mariscal y A. Ramírez de Verger, eds., *La obra amatoria de Ovidio. Aspectos textuales interpretación literaria y pervivencia*, Madrid, 1996; J. Wildberger, *Ovids Schule der "elegischen" Liebe. Erotodidaxe und Psychagogie in der Ars amatoria*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 1998. Para estar al último grito, puede consultarse la página web: www.phil.uni-erlangen.de/~p2latein/ovid/oveleg_r.html.

La introducción es brevísima (pp. 31-37), el comentario se extiende a lo largo de casi 500 páginas para 746 versos (pp. 39-512) al estilo del monumental comentario de F. Bömer de las *Metamorfosis*. El libro se cierra con una lista de los pasajes textuales tratados (pp. 513-514). Sin embargo, en un volumen tan claramente editado me resulta insoportable la ausencia de los obligados *Indices nominum, locorum et rerum*.

He aquí algunas notas de lectura (citaré por los versos) a un comentario muy completo en mitología, lengua, *realia*, estilo, crítica textual y, sobre todo, en lugares paralelos, tanto latinos como griegos:

- 2 Sobre los *retia amoris*, cf. P. Murgatroyd, «Amatory hunting, fishing and fowling», *Latomus* 43, 1984, pp. 362-368.
- 3 Leo *donet* (*T, recc., Heinsius*) mejor que *donat* (RYLP3).
- 9-10 Sobre la *navigatio amoris*, léase también a G. Laguna, «El texto de Ovidio, *Amores* II 10, 9 y el tópico del *nauigium amoris*», *Emerita* 57, 1989, pp. 309-315.

- 54 En lugar de *quem licet* hay que leer *qua licet*; cf. *Epist.* V 56, XVI 237; *Am.* I 4, 62 y III 8, 51; *Epist.* IV 9, V 56. No hay, pues, necesidad de acudir a la interpretación de una oración de relativo proléptica.
- 84 Prefiero, como Heinsius, leer *ducem* y no *patrem* (tal vez una glosa); cf. *met.* VIII 208 (*me duce carpe viam*) y 224 (*deseruitque ducem*).
- 115-118 Habría que aludir al tópico literario “el tiempo huye” (*tempus fugit*); cf. *Am.* I 8.49-50; II 9.41-42; *Ars* III 59-82; *Fast.* V 353; *Tib.* I 1.69-74; 4.27-32; 8.47-48; *Prop.* I 19.25-26, II 15.23-24; *Hor.*, *Carm.* I 11.7-8 (cf. comentario de Nisbet-Hubbard, *Horace: Odes I*, pp. 141-142); *Sen.*, *Phaidr.* 446. Léase también a W. H. Race, *Classical genres and English Poetry*, Londres, 1988, pp. 118-141 («The Argument of *Carpe-diem* Poems»).
- 159 Clara alusión a los *irritamenta Veneris* o “excitaciones en el amor”; cf. *Am.* III 7, 12, 55-56; *Iuv.* VI 194-197; *Apul. Met.* V 6; léase también el comentario (muy útil, pero muy desconocido) de G. Némethy, *P. Ovidii Nasonis Amores*, Budapest, 1907, p. 245.
- 278 El tema de la amada codiciosa (*puella auara*) es propio de la diatriba y aparece frecuentemente en la comedia; cf. *Plaut. Truc.* 51-77; N. Zagagi, *Tradition and Originality in Plautus*, Göttingen, 1980, pp. 118-131. La crítica a la codicia de la amada es frecuente en los elegíacos latinos: *Am.* I 8, 55-70 y 87-94, 3.8; *Ars* II 273-286; *Tib.* I 4.57-58; 5.47-48; 9; II 3.35-60; 4.13-20; *Prop.* I 8, II 16, 23, III 13, IV 5. Léase también a F. Navarro Antolín, «Amada codiciosa y edad de oro en los elegíacos latinos», *Habis* 22, 1991, pp. 207-221.
- 308 Ahora (cf. *Emerita* 61, 1993, p. 326) me inclino por leer *et quaedam gaudia uoce nota* (*nota* se lee únicamente en el ‘Bernensis Bibl. Munic. 505, saec. XIII’); cf. A. Ramírez de Verger, ed., *Ovidius, Carmina amatoria*, Múnich y Leipzig, 2003, pp. 203-4.
- 313 Hay que puntuar con Heinsius *si latet ars, prodest* para recoger apropiadamente el principio retórico de la *dissimulatio artis*; cf. *Met.* 10,252: *ars adeo latet arte sua*.
- 447-454 Fórmula conocida del *makarismós* o alabanza del hombre afortunado en algo. El tópico literario se remonta a *Hom. Od.* V 306-307; cf. *Verg. Aen.* I 94-96; léase el comentario de F. Navarro Antolín, *Lygdamus*, Leiden, 1996, pp. 234-236.
- 477 F. Socas (*Arte de amar*, Madrid, Alma Mater, 1995, p. 63) acertó, a mi juicio, interpretando *Voluptas* como la personificación del placer sexual.
- 501-502 Sobre la *puella sapiens*, cf. *met.* X 622 con nota de Bömer *ad loc.*; léase también a A. Ramírez de Verger, «La *puella sapiens* en Ovidio, *Amores* II 4, 45-46», *Emerita*, 69, 2001, pp. 1-5.
- 616 No me parece inútil la conjetura bentleyana de *nempe*, de más sentido, en lugar de *saepe*, de comprensión difícil junto a *auertit vultus puella suos*. La han aceptado Ehwald, Brandt, Kenney y Goold, mientras que la han

- rechazado, además de Janka, Lenz y Pianezzola-Baldo.
- 648 Mantengo serias dudas sobre el futuro *leniet*, pues no se corresponde con el presente *sentit*. Me inclino por leer *multa uetustas/ lenit, at incipiens omnia sentit amor*. Tal vez sea demasiado perfecta la frase, pero junturas similares en Ovidio no son infrecuentes; cf., e.g., *Epist.* I 38, XXI 49; *Am.* I 9, 8 y 20; *Fast.* I 136, VI 63, VI 86 (*haec aetas bellum suadet, at illa gerit*); *Met.* I 283, 472; II 770 (*auertit, at*), 819 (*patefecit, at*); *Trist.* III 11. 27.
- 679 Léase también mi artículo “Figurae Veneris (Ov. *ars* 3,769-88)”, *Ovid, Werk und Wirkung*. Heidelberg, 1999, pp. 237-43.
- 723-724 De nuevo se trata de los *irritamenta Veneris*, en este caso, *questus, murmur, dulces gemitus aptaque uerba ioco*.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER
Universidad de Huelva

LAGUNA MARISCAL, GABRIEL, *Estudio literario de la poesía 67 de Catulo*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert Publisher, 2002. 138 pp.

El trabajo que el profesor Laguna presenta en esta publicación tiene su origen en una Tesis de Licenciatura defendida en la Universidad de Sevilla hace algunos años, pero que no ha perdido originalidad ni frescura.

Es bien sabido entre los estudiosos de Catulo que el poema 67 ha resultado desde siempre de difícil interpretación, hasta el punto de que algunos de los concienzudos críticos que últimamente abordaron su examen (Forsyth 1986, Murgatroyd 1989 y Thomson 1997), o bien renunciaron al entendimiento global de la composición o bien se dejaron llevar por errores fácilmente detectables; esta es la razón por la que debemos saludar con agradecimiento el esfuerzo del autor que, tras un detenido trabajo, ha podido aportar los frutos de su propia investigación, resultados que en este caso quieren ser definitivos.

Los contenidos del trabajo se distribuyen de la manera siguiente: introducción (pp.13-20), texto revisado y traducción (pp.21-26), estudio literario y filológico del poema (pp. 27- 116), y conclusiones (pp. 117-120). A estos apartados se añaden una bibliografía bastante actualizada y unos índices de *cosas notables*, de *autores modernos* y de *pasajes citados*, que resultan de gran utilidad.

El poema es un diálogo, entre un interlocutor anónimo y la puerta de una casa, por el que a ésta se le piden explicaciones acerca de su deslealtad para con el actual propietario. La puerta se defiende de la acusación aludiendo a una oscura historia de incesto y adulterio, según la cual la culpa debe recaer sobre la dueña de la casa, que se ha entregado a toda clase de escándalos.

El conjunto de los 48 versos catulianos que componen el *carmen* considerado, ofrecen a lector, con vistas a su interpretación, dificultades tanto de tipo textual como de carácter léxico-semántico y literarias.

Entre los problemas de tipo textual, los más difíciles se refieren a los vv. 5, 12 y 27. Laguna los va resolviendo, respectivamente, en las pp. 15-16, 62-70 y 86-89 de su trabajo,

con adecuado acierto.

Los problemas de carácter léxico-semántico que, en opinión del autor, requieren una mayor atención, son los siguientes:

1. Identidad de un varón llamado Cecilio – actual dueño de la casa –, al que se nombra en el v. 9.
2. Interpretación de la secuencia *non illam uir prior attigerit* (v. 20).
3. Alcance de dos expresiones insólitas: *porrecto sene* y *facta marita* (v. 6).
4. Interpretación del v. 30: *qui ipse sui gnati minxerit in gremium*.
5. Indagación de las causas que explican el proceso judicial al que aluden los vv. 47-48.

Aunque es cierto que para la resolución del primer caso Laguna acude a la semántica del nombre propio, cabe pensar que los puntos 1 y 5, así como el problema de la identificación de la puerta misma, habrían podido incluirse –quizá más adecuadamente– en un apartado destinado a aclarar la situación de los personajes. Con respecto al estudio en sí, hay que reconocer que las soluciones que aplica el autor de la monografía, aunque a veces un poco arriesgadas, son atractivas, sobre todo si se acepta la interpretación satírica y obscena de algunos términos, y la conjunción e interacción incluso de un triple sentido en un solo vocablo, como es el caso de *ianua*, lo que justificaría que se le pudiera aplicar el adjetivo *marita*.

En cuanto a las dificultades literarias que subraya Laguna, se encuentran algunas cuestiones genéricas y de interpretación estilística y global. La primera, y quizá más importante, sería en qué tradición genérica habría de inscribirse el poema. El autor, que trata el tema en pp. 27-57, concluye la existencia y superposición de tres parodias genéricas en los versos que se estudian, la del epitalmio, la elegíaca (con el tema del *exclusus amator*) y la himnica: “todo un prodigio – en expresión de Laguna – de condensación literaria que en Catulo no es exclusiva de este poema, y que ha dado pie a caracterizar su poesía como *Musa Poliédrica*: arte de múltiples facetas, niveles y perspectivas” (p.56).

En este mismo sentido, resulta también interesante la explicación de la *ékphrasis* geográfica de los vv. 31-34, que no concuerda exactamente con la realidad, y que ha de entenderse acudiendo a una interpretación paródica y obscena del pasaje (pp. 97-103).

En definitiva se trata de un trabajo muy detallado con el que se intenta contribuir a la comprensión global de un poema catuliano de compleja significación. En él se discuten numerosos problemas y de muy variada índole, lo que, sin duda, dificulta una presentación más sistemática de los mismos. El texto latino se acompaña de aparato crítico y la traducción resulta ágil a la vez que sugerente. La presencia de las inevitables erratas y de alguna expresión castellana fácilmente mejorable, no empañan, sin embargo, el mérito de una publicación que contribuye al más perfecto entendimiento de la poesía de Catulo en general, y de este poema 67 en particular.

M^a LUISA ARRIBAS HERNÁEZ

FANTUZZI, M. - HUNTER, R., *Muse e modelli. La poesia ellenistica da Alessandro Magno ad Augusto*, Roma-Bari, Laterza, 2002, 600 pp., ISBN 88-420-6537-4.

La monografía que reseñamos no es un nuevo manual de la poesía de época helenística, pues no pretende ser exhaustiva, ni presenta una catalogación u ordenación precisa de los

autores y obras postclásicas. Es más bien la exposición de un modo o método de interpretar la poesía helenística. Se trata de un libro ambicioso y novedoso. Tradicionalmente la poesía helenística se ha venido caracterizando por la contaminación de los géneros literarios y su carácter erudito. Los autores de esta monografía, sin desmentir estos postulados básicos, destacan que lo primero no es un rasgo exclusivo de la época helenística, sino que se manifiesta ya antes, y lo segundo no es un fin en sí mismo, sino una consecuencia del deseo de actualizar o contemporaneizar la literatura clásica. Para ello, tal como los autores de esta monografía ilustran perfectamente, lo que los poetas helenísticos hicieron fue sustituir o compaginar la tradicional invocación a la musa con la elección de un modelo o modelos literarios, primando la técnica literaria frente a la inspiración divina. Partiendo de estos principios, expuestos y ejemplificados en el primer capítulo («Occasioni di performance e generi letterari» [pp. 3-60]), poco a poco van desgranando una relectura personal de las principales creaciones literarias de época helenística. El capítulo segundo («L'eziologia degli *Aitia* di Callimaco» [pp. 61-120]) se dedica a Calímaco pues su figura domina «la poesía e la vita intellettuale del III secolo a. C.» (p. 61). Apolonio de Rodas es el objeto del siguiente capítulo («Le argonautiche di Apollonio Rodio e la tradizione epica» [pp. 121-175]). Los autores analizan la influencia de su labor como filólogo en su poesía y se centran en la consideración por parte de su autor de las *Argonáuticas* como poema épico, partiendo de consideraciones lingüísticas del propio texto (p. 123). En el capítulo cuarto, dedicado a Teócrito («Teocrito e il genere bucolico» [pp. 177-262]), se destaca la ausencia de precedentes directos y la originalidad de combinar contenido agreste y metro épico, y se analiza el uso de *exempla* mitológicos, siendo especialmente original el estudio de su presencia como paradigma de las historias de amor en los seguidores de Teócrito. En el siguiente capítulo («Racconti epici, ma non troppo» [pp. 263-332]) se señalan los rasgos propios del epilio – la extensión, los aspectos formales y el metro –, deteniéndose en el estudio de la *Hécale* de Calímaco (pp. 269-274), el *Heracles niño* de Teócrito (pp. 275-286), el *Heracles matador del león*, atribuido a Teócrito (pp. 286-291), la *Europa* de Mosco (pp. 291-302) y los *Fenómenos* de Arato (pp. 302-322). Partiendo de la conciencia que se tenía de las peculiaridades del estilo homérico ya en el siglo IV, se dedica un capítulo («Stili epici, ma non troppo» [pp. 333-387]) al estudio de la huella del estilo y la lengua de Homero en los poetas helenísticos que escribieron en hexámetros, situando y analizando los homerismos detectados en relación con su contexto y destacando cómo estos autores seguían a Homero de forma velada con la intención de superarlo imitándolo. Especialmente interesante es el análisis del uso irónico de expresiones y giros homéricos por parte de Teócrito (pp. 344-359) y el estudio de las fórmulas homerizantes en Apolonio (pp. 359-380). El epigrama es el objeto del siguiente capítulo («L'epigramma» [pp. 389-481]). Tras un breve recorrido histórico en el que con acierto se omite cualquier alusión a las supuestas escuelas de epigramatistas de época helenística, se analiza lo que los autores del período hicieron con los tradicionales epigramas funerarios y dedicatorios (pp. 397-448), deteniéndose en la principal aportación helenística a la historia del epigrama: la invención del epigrama de amor (pp. 448-462). El capítulo octavo se dedica al teatro («Teatro e forme letterarie para-teatrali» [pp. 483-532]), tanto a la comedia nueva (los autores la incluyen en una monografía de poesía helenística – una *uexatissima quaestio* – porque, en su opinión, debido a la deuda de la comedia de Menandro con respecto a la filosofía y la ética de Aristóteles, ésta se mueve dentro de lo que era la doctrina común en época helenística), como a la tragedia. Por último, siguen unas consideraciones sobre la literatura latina de época

republicana («Epilogo romano» [pp. 533-565]), época en la que la literatura helenística era considerada ya literatura clásica e imitada como tal. Además de la comedia nueva, se destaca la huella de Calímaco, Herodas, la epigramática, Teócrito, Apolonio y Arato. La monografía se cierra con una bibliografía muy actualizada (pp. 567-580), donde hay que lamentar la ausencia total de estudios en español – algunos muy pertinentes como los de E. Fernández-Galiano, *Posidipo de Pela*, Madrid, 1987, J. G. Montes Cala, *Calímaco. Hécale*, Cádiz, 1987 y T. Molinos Tejada, *Los dorismos del Corpus bucolicorum*, Amsterdam, 1990 –, y unos índices de pasajes citados (pp. 583-588) y de nombres antiguos y cosas notables (pp. 589-597).

La renuncia a presentar un manual completo de poesía helenística, rehuyendo convertirse en mera repetición de conocimientos, es sin duda un acierto. Los autores ofrecen a cambio una selección personal a través de la cual pueden aportar su visión de la literatura del período con la confianza de que, en el caso de que ésta sea aceptada, pueda trasladarse a aquellos autores u obras no tratadas. La selección permite además que el análisis de las obras sea minucioso. Su estudio destaca por basarse íntegramente en la lectura directa de los textos –generalmente se presentan en versión original, pero siempre se ofrece traducción al italiano a pie de página con lo que se amplía la potencial recepción del libro- sin despreñar la bibliografía secundaria, pero situándola en su justo lugar. No se discuten en esta monografía diferentes interpretaciones de la poesía helenística, sino que se ofrece una visión personal relegando a nota las referencias eruditas. Llama especialmente la atención la recurrente alusión a doctrina de crítica literaria de la Antigüedad como apoyo de las reflexiones que se plantean y la permanente búsqueda de fuentes o modelos. Los autores no se detienen en detectarlas, sino que rastrean su relación con la obra y su repercusión en la interpretación del conjunto. Al estudiar las creaciones literarias, artísticas y culturales de esta época es imposible abstraerse de sus modelos de época arcaica y clásica. Los poetas helenísticos los conocían a la perfección, admiraban e imitaban o se distanciaban conscientemente de ellos. Su producción constituye de hecho la primera manifestación literaria que surge con plena conciencia de suceder a un pasado glorioso y, por tanto, se desarrolla bajo la sombra de éste. Sin embargo, los autores de este período, como se demuestra a lo largo de las 600 páginas de esta monografía, tienen entidad por sí solos y, además, no hay que olvidar que si la literatura de los siglos V y IV se considera ‘clásica’ es precisamente gracias a ellos. Sin su aportación muchas de las grandes creaciones de aquella época no habrían ejercido tan profunda influencia en la cultura griega posterior, en la romana y, en definitiva, en la europea. Es, pues, un período vital en la historia de la literatura universal que esta monografía, llamada a convertirse en referencia obligada, contribuye a iluminar.

GUILLERMO GALÁN VIOQUE
Universidad de Huelva

FRANGOULIDIS, S.: *Roles and Performances in Apuleius' Metamorphoses*. Stuttgart, Metzler, 2001. VIII + 197 pp. ISBN 3-476-45284-0.

Hace ya cierto tiempo que Stavros Frangoulidis viene ocupándose de elementos teatrales en las *Metamorfosis* de Apuleyo: en realidad, varios de los capítulos de este libro son artículos publicados en diferentes revistas – *CJ* 95, 1999; *AJPh* 120, 1999; *Drama* 8, 1999; *Scholia* 9, 2000 – y que ahora, junto con otras partes originales, se presentan en una serie ordenada

que pretende aportar una visión innovadora de la novela. El estudio del texto desde un punto de vista dramático, tal como hace prever el título, resulta especialmente atractivo, puesto que el mismo Apuleyo presenta así varios episodios (cf., por ejemplo, el uso de *scaena* en II 28.7, IV 20.3, VIII 8.5, VIII 11.1, por no hablar del Festival del dios de la Risa en el libro III o de la pantomima del Juicio de Paris) y la crítica, naturalmente, no ha dejado de advertirlo: véanse, entre las obras más recientes, los comentarios al libro IX de Hijmans *et al.* 1995, 387 y n. 9, al X de Zimmerman 2000, 119, o al II de van Mal-Maeder, 2001, 375. Así pues, los temas que propone Frangoulidis, es decir, el análisis de los papeles que asumen varios personajes de la novela, las interpretaciones que realizan y los cambios continuos que efectúan, constituyen, en principio, un excelente campo de investigación con un enorme interés.

Pero el libro no se queda en un estudio general de las características teatrales de la novela, sino que se propone aplicar a episodios concretos del texto las categorías de Greimas (pp. 2-5) o, más bien, una adaptación de estas (pp. 5, 9); después de dejar constancia de esta intención y de definir su propio concepto de roles – “distinct features which the narrative endows the actors/characters with at any given point in the novel’s discourse” (p. 5) – y *performances* – “actions undertaken by the actors/characters in order to achieve the object of their goals/values” (p. 7) –, Frangoulidis acaba la introducción presentando la materia efectiva sobre la que versa el libro (pp. 11-14) y que se limita a algunos de los cuentos insertos, no a la trama central de la novela.

El primer capítulo, titulado «Unwittingly Successful Performances: The Triumph of Magic», trata del cuento de Aristómenes sobre Sócrates (libro I 5-20; pp. 16-35), el que narra Telifrón sobre su propia mutilación (II 21-30; pp. 35-49) y el festival de la Risa (III 1-11; pp. 49-68); el segundo – «Fatally Successful Performances» – estudia la historia de Plotina que cuenta Hemo-Tlepólemo (VII 1-13, pp. 70-82) y la narración del trágico final de Cáríte (VIII 1-14, pp. 82-103); el tercero, bajo el rótulo de «Unsuccessful Performances», analiza la historia de la mujer del panadero contada por el burro Lucio (IX 14-31, pp. 105-119) y la de la madrastra (X 2- 119-127); mientras que el cuarto – «Man and Animal» – se ocupa de la historia del bandido Trasileón contada por uno de sus camaradas (IV 14-21; pp. 129-147) y el espectáculo de Corinto (X 16-35; pp. 147-162). El quinto y último capítulo – «Successful Performances: Lucius’ Spiritual Journey» –, con el que llegamos al libro XI (pp. 163-176) y a la culminación del libro, es indudablemente el más ambicioso, puesto que con las conclusiones (pp. 175-176) se pretende integrar todas las lecturas anteriores en una unidad de interpretación; precisamente por eso, hubiera resultado quizá conveniente tratarlo con mayor amplitud y detenimiento.

Lo que resulta desconcertante es que en todos estos episodios la adaptación de las categorías de Greimas se limite a alguna pincelada terminológica (p. 176, p. ej.) y, la mayoría de las veces, a un pequeño párrafo (pp. 76, 136, 165-166, por ejemplo) en el que se les aplica a los diversos personajes las conocidas oposiciones sujeto/objeto, destinador/destinatario, adyuvante/oponente, etc. Apenas se presta más atención a las ideas de Greimas que a ciertos análisis freudianos que aparecen un par de veces (pp. 47 y 101) y que adolecen de la misma superficialidad. En general, para la mayor parte de la argumentación que desarrolla Frangoulidis, el análisis de Greimas es perfectamente superfluo y no se comprende el sentido de invocarlo al principio como la herramienta fundamental del estudio.

Resultan interesantes, si bien no novedosas en parte, otras facetas de su análisis como su resumen de los paralelos entre las historias de Plotina y Tlepólemo o Cáríte y su interpreta-

ción como contrapunto a las historias de bandidos (p. 71). Pero en otros casos ciertas conclusiones hubieran necesitado, como mínimo, una argumentación muchísimo más detallada: tal como aparece, puede parecer caprichoso y falto de fundamento, por ejemplo, interpretar la mutilación de Telifrón como una castración (pp. 47, 49) o la consideración de que Lucio sufre la metamorfosis porque no acepta su integración en la comunidad de Hípata mediante el festival del dios de la Risa (una idea fundamental en el libro, cf. pp. 65, 164, 170) con la curiosa idea — y contraria a todo lo anterior— de que «in successfully passing the test, he (sc. Lucius) has earned the right to become an ass». También resulta interesante advertir elementos que recuerdan a los de una boda romana (p. 92; una idea ya expresada por el autor), pero resultan sorprendentes afirmaciones como las de que los ojos de Trasilo, al quedar cegado, son un sustituto de los órganos sexuales femeninos (p. 97) y, después, adquieren el significado simbólico de los testículos (p. 98), la de que este castigo refuerza el comportamiento marital admisible en la sociedad o, más adelante, la de que Trasileón encuentra la muerte por no haber sabido atraerse la simpatía de su audiencia (p. 141). Tampoco parece del todo convincente la consideración de la historia de la madrastra (X 2-12) como variante del cuento de Telifrón (pp. 119-127), puesto que hay demasiadas diferencias y las semejanzas no son muy significativas. Por otro lado, la mención de la muerte de Tlepólemo con respecto a la de Trasileón (p. 144) es demasiado simple y la idea de que el asno Lucio se salva finalmente por renunciar al sexo en el espectáculo de Corinto (fundamental en pp. 160-162) está sencillamente en contra del testimonio del protagonista (X 34.5-35.1).

Otro serio inconveniente es que gran parte del libro, poco voluminoso además, se consume en la descripción de los diversos episodios de la novela. Tanto por el contenido del libro en sí como, por ejemplo, por el empleo constante de citas del texto latino sin traducción, se trata de una obra destinada más bien a un público especializado; por lo tanto, el autor podría haber supuesto cierto conocimiento del tema en el lector y haber reducido las partes dedicadas simplemente a narrar los diversos pasajes.

De acuerdo con un criterio irreprochable, la bibliografía es muy selectiva: los estudios sobre las *Metamorfosis* de Apuleyo son numerosísimos y el autor ha estado muy acertado en limitarse a lo más pertinente a su campo de estudio y a obras muy recientes, como los libros de Harrison o Zimmerman, por ejemplo, y los estudios de Repath, Slater o Lateiner, todos del 2000.

Al final, se tiene la sensación de que este libro no agota precisamente las posibilidades de estudiar las *Metamorfosis* ni desde el punto de vista teatral ni desde el de la teoría de Greimas: indudablemente queda mucho por hacer. Pero el autor ciertamente ha acertado en muchas ocasiones al descubrir la importancia de los disfraces, los engaños, las transformaciones y los cambios de rol en la trama de la novela, subrayando al mismo tiempo la complejidad y el sutil entramado de la obra. Desde esta perspectiva el trabajo de Frangoulidis resulta muy útil, aunque su interpretación final de la obra no sea, por supuesto, indiscutible.

JUAN MARTOS
Universidad de Sevilla

BRASETE, M^a F. (coord.), *Máscaras, voces e gestos: nos caminhos do teatro clássico*, Centro de Línguas e Culturas, Universidade de Aveiro, Coimbra, 2001, 372 pp.

Cada vez es más frecuente encontrarse en la bibliografía reciente dedicada al teatro clásico grecolatino estudios, como el que aquí nos ocupa, en los que desde la voz de diversos

especialistas se abordan con nuevas perspectivas cuestiones candentes, y también añejas, de un género tan lábil como el dramático. En este compendio de aportaciones, editadas por la Profª MªF. Brasete con motivo del IV Coloquio Clásico organizado por la Universidad de Aveiro, se ponen sobre el tapete asuntos de tradicional controversia en relación con el teatro clásico y, asimismo, se abren nuevas sendas de análisis y reflexión en torno al hecho teatral antiguo. En total, son diecisiete intervenciones recogidas aquí las que canalizan las reflexiones de sus autores en aquel coloquio abarcando un abanico cronológico que va desde la tragedia griega hasta la comedia latina y, aún más allá, desde el teatro en época imperial romana hasta sus huellas en nuestros días.

Las contribuciones dedicadas al teatro griego se abren con la ponencia de Mª H. da Rocha Pereira (“*Lexis e opsis* na tragedia grega”, pp. 9-25) en la que, sobre la base de los elementos constitutivos de una tragedia especificados por Aristóteles, se analiza el sentido que dos de ellos, *lexis* y *opsis*, tienen de cara a la difusión de los textos dramáticos escritos y su representación en la Grecia clásica. Por su lado, J.A.A. Torrano (“Mito e dialética na tragedia *Agamémnon* de Ésquilo”, pp. 27-37) plantea la dialéctica trágica que se establece entre pensamiento mítico y filosofía a tenor de la identidad que en determinados aspectos representa la interrelación que, sobre el ejemplo del *Agamenón* de Esquilo, se observa entre esos dos conceptos. Asimismo, J.P. Serra (“Do gesto ao silêncio: Ésquilo e a herança trágica”, pp. 39-49) realiza un análisis de cómo se materializa el proceso creador de una tragedia en la Grecia antigua –para lo que centra su atención en el caso esquiléo– y cómo lo hace en el teatro de hoy. Mª do Céu Fialo (“Helenos e Bárbaros em Ésquilo. Autognose e problematização do Eu na representação do Outro”, pp. 51-69) analiza las fronteras que la idea de lo bárbaro o ajeno y lo griego o propio se aprecian en la tragedia de Esquilo, apuntando la relatividad con que tal binomio aparece en las obras estudiadas y la identidad que, a veces, se atisba a vislumbrar entre una y otra cosa. Por su lado, J.A. López Férez (“Observaciones sobre los mitos en el *Heracles* de Eurípides”, pp. 71-114) estudia el tratamiento –bastante negativo– que las figuras de los dioses, especialmente Zeus y Hera, reciben en la tragedia de Eurípides con respecto a la imagen –claramente positiva– que en ella se nos da del héroe protagonista, Heracles. Por último, J. Lins Brandão (“*Electra* no expelo”, pp. 115-129) se centra en estudiar y poner en relación con otras manifestaciones artísticas las escenas de reconocimiento de las *Coéforas* de Esquilo, la *Electra* de Sófocles y la de Eurípides.

Los trabajos que se centran en el teatro latino se abren con el estudio que A. Pociña (“O amor de Medeia, visto por Eurípides e Séneca”, pp. 131-152) dedica a comparar el comportamiento amoroso de Medea por Jasón en las tragedias de Eurípides y Séneca, señalando que la del primero se mueve en la obra por el rencor enquistado hacia el héroe y la del segundo por un todavía vivo amor hacia el argonauta. Sobre Séneca versa también el trabajo de J.A. Segurado e Campos (“Tragedia e justiça no teatro de Séneca”, pp. 153-177), aunque en este caso el autor se dedica a escudriñar los elementos del derecho romano que se pueden atisbar en las tragedias senequianas, hasta el punto de que algunos incluso pueden ayudar a entender el componente filosófico de las tragedias y explicar incongruencias dramáticas de éstas. En el marco de la comedia latina se engloba ya la ponencia de Mª de Fátima Silva (“A voz do Autor na comédia greco-latina”, pp. 179-199), quien pone en relación, salvando las distancias temporales, las actitudes de Aristófanes y Terencio por cuanto ambos fueron objeto de las críticas de sus contemporáneos en su afán por renovar la escena a fuerza de ingenio y destreza dramática. Por su parte, W. de Medeiros (“*Mortalis*

graphicus. Os fingimentos do poeta e o sorriso da Fortuna”, pp. 201-209) pondera la figura de Pséudolo en la homónima comedia de Plauto dándole el total protagonismo de la obra frente al personaje de Balión. Una aproximación desde el ámbito de la lingüística al texto plautino la encontramos en el trabajo de C. de Miguel Mora (“Juegos de palabras en el *Rudens* de Plauto”, pp. 211-240), quien lleva a cabo una aproximación pragmática al *Rudens* para destacar cómo, incluso en comedias de no especial comicidad, es posible descubrir juegos de palabras con fines humorísticos, mientras que desde un punto de vista semiológico G. Mazzoli (“Semántica della porta nella commedia di Plauto”, pp. 241-258) intenta desvelar el papel que, no ya como mero instrumento de la tramoya teatral, la puerta desempeña en la escena romana, llegando a tener una función decisiva en el desarrollo de la acción o, al menos, a contribuir a aumentar la intriga planteada en la trama de la pieza. Al personaje del parásito en la obra de Terencio dedica su estudio A. Pereira do Couto (“O parasita na obra de Terêncio – Gnatão vs Formião”, pp. 259-284) y en él valora la importancia que los dos personajes de este tipo tienen en las comedias en que aparecen, señalándose la especial relevancia que en la comedia que lleva su nombre tiene la figura de Formión como motor e impulsor de la acción.

Por último, saltando los márgenes del teatro latino de época clásica contamos con los trabajos de M.-H. Garelli-François (“Le geste et la parole: mime et pantomime dans l’Empire romain”, pp. 285-303), quien analiza las características de estos subgéneros dramáticos en la época de referencia a partir de la importancia que en ellos cobra, y que los distingue, la retórica gestual; Fco. de Oliveira (“O mundo do teatro em Plínio-o-Antigo”, pp. 305-327), que analiza, interpreta y comenta las referencias al género dramático en la obra de Plinio el Viejo (cosa que parece evidenciar que el teatro como tal seguía teniendo una vital importancia en la época del autor); M^oC. de Castro-Maia (“Teatro, actores e público no Alto Império romano”, pp. 329-348), que intenta demostrar que el hecho teatral en Roma no entró en decadencia tras la muerte de Terencio, para lo que se basa en el persistente uso que se hizo de los teatros y del éxito cosechado en época imperial por algunos afamados actores; y M^a E. Pereira (“A força inquietante dos objectos na *Máquina Infernal* de Jean Cocteau”, pp. 349-365), quien aborda la manera con que Cocteau, sin dejar de ser un autor profundamente moderno y decisivo para el devenir de la dramaturgia del siglo XX, renueva el antiguo mito de Edipo en *La máquina infernal* desde su concepción de “poesía teatro”. Cierran, para terminar, el volumen las palabras de apertura y clausura del Coloquio que pronunciaron J. M. Nunes Torrão y M^a F. Brasete, respectivamente.

En fin, el lector puede comprobar, a la vista de la relación de trabajos y de sus contenidos que hemos hecho, cuáles son las perspectivas con que los participantes en este libro se han acercado al teatro de Grecia y Roma. Mucho más nutrida la parte romana que la griega, cabe decir también que quizá la novedad de enfoques hacia el hecho teatral antiguo se decanta asimismo más hacia la parte romana, siendo los estudios dedicados al teatro latino (tal vez acaso por ser más) los que plantean mayores novedades con respecto a la doble naturaleza que define el género dramático, tanto en su faceta de texto literario como en su faceta de espectáculo visual.

JUAN LUIS ARCAZ POZO

LONG, A. A., *Epictetus: A Stoic and Socratic Guide to Life*, Oxford, Clarendon Press, 2002. XIV+310 pp.

El mensaje de los estoicos de la Antigüedad no ha dejado en ninguna época de atraer, de uno u otro modo, a los seres humanos del momento, y ello sigue siendo así todavía. Una rápida incursión en *Internet*, gran escenario de nuestros días, nos ofrece buenos testimonios de este neoestoicismo actual. Hay una curiosa página que propone incluso un registro de estoicos, donde podemos encontrar, junto a un Zenón o a un Séneca, las fichas de hombres y mujeres corrientes (psicólogos, profesores, hombres de negocios etc.) que se reconocen a sí mismos hoy como estoicos. Pues bien, en toda esta pervivencia, que ha tenido desde luego a lo largo de la historia los más variados matices, el mensaje del gran pedagogo estoico que fuera Epicteto brilla y ha brillado con una fuerza especial desde que hacia el año 95 de nuestra era fundara su escuela en Nicópolis de Epiro.

El libro del Prof. Long, con su recorrido fascinante por el paisaje seductor de la obra de Epicteto, es un tributo que la filología clásica debía hace tiempo a este singular filósofo. El resultado no podía ser más fructífero y brillante. Los treinta años que el filólogo inglés (nacionalizado estadounidense) lleva dedicados al estudio serio y revelador de los textos de los filósofos griegos, muy en particular de época helenística, lo situaban desde luego en una posición inmejorable para comprender la obra de Epicteto en todos sus presupuestos y consecuencias. Pero, lejos de contentarse con el frío conocimiento, el estudioso ha sabido también extraer de dicha obra toda su actualidad, desplegando, sin merma de rigor, un proceso de “apropiación simpatética” que confiere al libro gran frescura y sensibilidad, y lo hacen atractivo también para el lector no especialista. No en vano, gestado como fue en un seminario impartido en la Universidad de California (Berkeley), está inspirado por un claro espíritu pedagógico, que armoniza muy bien al mismo tiempo con el talento del autor estudiado.

En la introducción (pp. 1-6), se avanzan algunos de los hilos conductores del libro y se explican su configuración y dinamismo. A este respecto, es un acierto indudable del autor presentar con generosidad los textos (en traducción propia) que van ilustrando las enseñanzas de Epicteto en cada momento analizadas. Además, todo este *corpus* de extractos (numerados del 1 al 146) aparece reunido por temas al comienzo del libro (p. XIII s.), lo que lo convierte en un instrumento útil para una lectura antológica de la obra del estoico. Otro acierto es dejar de lado, en el texto de los capítulos, los detalles críticos y bibliográficos de las cuestiones planteadas, reduciéndose al mínimo las notas a pie de página y trasladándose aquellos detalles a notas complementarias al final de los capítulos. El lector no especialista puede más fácilmente así recorrer esta obra, que permite incluso una lectura selectiva, en función de los intereses de cada lector.

La primera parte del libro (capp. 1-5: pp. 1-141) aborda la vida de Epicteto y su contexto intelectual y cultural, para centrarse luego en su estilo didáctico y metodología, así como en los fundamentos psicológicos de su filosofía (*deseo-orexis/aversión-ekklisis*, donde entran en juego las *pasiones-pathê*; *impulso positivo-hormê/repulsión-aphormê*, donde se dilucida *lo apropiado-kathêkon*; *asentimiento-synkatathesis*, que es la facultad de aplicación más delicada y que requiere una previa buena preparación en el uso de las otras), fundamentos vinculados al tema de los tres campos de estudio (*topoi*), coincidentes (según la reconocida tesis de P. Hadot) con las tres partes tradicionales de la filosofía: la física, la ética y la lógica-dialéctica. El cap. 5 presenta un formato especial: es un comentario minucioso de dos de las

lecciones de Epicteto representativas de cada uno de sus estilos: *doctrinal-didáctico* (I 20: *Sobre cómo la razón es especulativa de sí misma*) y *protréptico-refutatorio* (IV 9: *Al que ha perdido la vergüenza*). Por lo general, los textos de Epicteto, sobre todo los del segundo tipo, que son mayoría, resultan bastante accesibles, pero muchos aspectos de su filosofía quedarían sin duda más definidos y se verían más enriquecidos si pudiéramos contar con un similar comentario para el conjunto de lo conservado. Esperamos que nos lo proporcione algún día el mismo Long.

En cualquier caso, como resultado de un estudio ya lo suficientemente profundo y exhaustivo, en la segunda parte del libro (capp. 6-9: pp. 142-258) Long analiza con detenimiento los conceptos principales que, según él, confieren a la filosofía de Epicteto toda su coherencia y unidad (en su doble dimensión individual y social); a saber: *libertad* (*eleutheria*), *juicio* (*dogma*), *acto de voluntad* o *volición* (expresión con la que Long ofrece una aquilatada lectura del concepto capital de *prohairesis*) e *integridad* (donde se combinan las ideas de *aidós* y *pistis* vinculadas a su vez con la noción de *deber* o *lo apropiado*).

No podemos aquí entrar en los detalles de un libro tan rico en aportaciones. Nos limitaremos a señalar algunas de ellas, y añadir eventualmente algún comentario de nuestra parte. En primer lugar, respecto a la naturaleza y al género de los textos de las *Diatribai* de Epicteto y al papel jugado en ellos por su discípulo Arriano, Long se acoge a la hipótesis más razonable hoy, que concede a este último un cierto papel en la organización literaria del material de las lecciones de su maestro. Evita, sin embargo, hablar de *Diatribas* y prefiere el término neutro de *Discursos* (*Logoi*). La razón de ello es sin duda el rechazo completamente justificado de la nefasta tradición de la *diatribomanía*, pero sobre todo la voluntad de apartar a Epicteto de todo peligro de asimilación con la *diatriba cínica*, que se suele identificar con una exhortación más severa y un rechazo más directo de las opiniones contrarias. La de Epicteto, en cambio, es más elaborada y se combina normalmente con el estilo refutatorio propio de Sócrates. Es un acierto de Long enfatizar esta diferencia, basada en declaraciones del propio Epicteto que vinculan a Diógenes con el estilo *protréptico*, a Sócrates con el *refutatorio* y a Zenón con el *doctrinal*. Ya O. Halbauer lo había dejado claro en 1911, y creemos que Long no pondera suficientemente esta aportación del filólogo alemán, uno de los primeros en reaccionar contra la *diatribomanía*, que no dejó por ello de reivindicar el término *diatriba*, por supuesto bien entendido, es decir, como referido a un discurso de origen o destino pedagógico. En efecto, Halbauer distinguía entre diversos géneros de *diatriba* según el método pedagógico seguido. En el caso de Epicteto, distinguía entre conversaciones a la manera *erística* de un cínico, diálogos socráticos y discursos en general, a medio camino entre ambos, categoría en la que incluía la mayor parte de las diatribas del filósofo. Es más o menos el esquema seguido por Long, aunque éste insiste, como decíamos, en la diferencia entre la *protréptica cínica* y la *epictetea*, ésta tendente siempre al estilo refutatorio propio de Sócrates.

No en vano, la aportación principal de Long, reflejada en el título del libro, es el énfasis en el carácter socrático de la filosofía de Epicteto: el estudio en profundidad del modo como éste hace suyo, reinterpretándolo, el paradigma y el estilo socráticos. Otra de sus aportaciones es superar la vieja afirmación que hace de Epicteto un estoico ortodoxo desde el punto de vista doctrinal. Una y otra vez, Long matiza esta afirmación, poniendo de manifiesto cómo aquél es a menudo muy original en el modo como selecciona y enfatiza más o menos los distintos elementos doctrinales de la Estoa. En este sentido, su estoicismo debe ser entendido desde luego en un marco donde el referente de Sócrates es fundamental. Pero tampoco

debemos olvidar el referente cínico, que Long (nos da la impresión) tiende a marginar un poco en relación con el más puramente socrático. Creemos que se podría haber puesto más de manifiesto aquel otro referente, por supuesto con toda la carga idealizadora (reinterpretativa, de nuevo) que conlleva en Epicteto, analizándose más abiertamente en qué medida puede haber contribuido también a forjar las peculiaridades de su filosofía. Pensamos, por ejemplo, en la importancia que da Epicteto a la permanente ejercitación-*askêsis* (frente al énfasis tradicional de los estoicos en la figura del sabio ideal-perfecto); o en el paralelo énfasis en la idea del progreso formativo (donde también se adivina más o menos indirectamente el referente aristotélico, puesto de relieve por Long en otros puntos). Pensamos también en su rechazo a establecer distinciones sutiles en la esfera de lo moralmente indiferente (*ta adiaphora*), lo que nos recuerda a un discípulo disidente de Zenón, Aristón de Quíos, que ya los antiguos pusieron por ello en conexión con los cínicos (cf. DL VI 103-105). En cualquier caso, lo que Long parece haber querido es superar el esquema tradicional de Epicteto como *estoico-cínico*, que sin duda no da cumplida cuenta de toda la trascendencia de su obra. Sin embargo, es evidente también que los cínicos no sólo están en los orígenes de la Estoa sino en la misma tradición socrática ya invocada a menudo por los propios estoicos cuando se afanan en apartarse de los que a menudo sienten como sus molestos antecesores *perrunos*.

Como bien concluye Long en el epílogo en que repasa una vez más la extraordinaria pervivencia del mensaje de Epicteto (p. 259-274), condensado en el célebre *Manual* confeccionado por Arriano, el objetivo principal de nuestro filósofo no es la perfección o la sabiduría ideal sino la formación y mejora del modo de pensar de personas corrientes como nosotros: Epicteto acepta que no somos infalibles (él mismo a menudo no se considera tal), pero está profundamente comprometido con la creencia optimista de que estamos dotados de un modo innato y “divino” para vivir bien (ser felices), incluso en las situaciones desfavorables, si consideramos que son nuestros pensamientos y deseos, y no nuestras circunstancias, los responsables de cómo nos conducimos y actuamos en relación con nosotros mismos y con nuestros allegados (p. 264). Son especialmente interesantes los datos reunidos por Long sobre la influencia de Epicteto en ámbito anglosajón, sobre todo en Norteamérica. En cambio, no podemos dejar de echar de menos una mención a España, donde, pese a que la personalidad de Séneca oscureció algo la influencia de Epicteto, ésta también se dejó sentir, y no en vano contamos con tres históricas “traducciones” del *Manual* realizadas por otros tantos discípulos (entre ellos Quevedo) del célebre flamenco J. Lipsio, padre del neostoicismo cristiano de los siglos XVI-XVII.

El libro, de lectura tan amena como provechosa, comporta un glosario de términos filosóficos (pp. 275-276), un breve repertorio de los filósofos mencionados (pp. 277-279) y una completa bibliografía (pp. 281-290), a la que, sin embargo, nos permitimos añadir el extenso artículo que modestamente dedicamos nosotros a Epicteto en *Dictionnaire des Philosophes Antiques* III (2000), pp. 106-151, cuyo conocimiento habría quizá matizado la afirmación de Long en su prefacio (p. VIII) sobre la no existencia de una introducción actualizada y de conjunto a Epicteto. Por último, el libro completa su enorme utilidad con un índice de pasajes citados (pp. 291-301) y otro general que reúne nombres de autores antiguos, modernos, y numerosos conceptos (pp. 303-310).

PEDRO PABLO FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada

MUÑOZ LLAMOSAS, VIRGINIA, *La intervención divina en el hombre a través de la literatura griega de época arcaica y clásica*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 2002, XI + 726 pp.

Realmente admirable y meritorio el monumental trabajo que se encierra en las páginas de este voluminoso y denso libro, fruto de la reelaboración de la tesis doctoral de la autora. Nos ofrece un exhaustivo estudio (más de 3.700 entradas tiene el índice de pasajes citados) del fenómeno de la intervención divina en el hombre, que se estructura en siete grandes bloques de acuerdo con el amplísimo *corpus* de textos analizado: 1º. Épica arcaica (Homero, Himnos homéricos, Ciclo épico y Hesíodo); 2º. Lírica arcaica (elegíacos, yambógrafos, poetas mélicos y poetas corales); 3º. Los Filósofos presocráticos; 4º. Los Sofistas; 5º. El *Corpus hippocraticum*; 6º. La Tragedia (Esquilo, Sófocles y Eurípides) y 7º. La Historiografía (Heródoto y Tucídides). La autora procede con un riguroso método filológico basado en una atenta, detallada y competente lectura personal de los textos originales griegos a los que "se deja hablar" sin imponerles concepciones apriorísticas. Presta atención al léxico nominal y verbal empleado en la descripción de las intervenciones divinas detectadas lo que supone un continuo y sagaz ejercicio de análisis semántico a lo largo de todo el trabajo (724 términos aparecen en el índice final; véase, entre otros muchos ejemplos, el caso de κῆρυξ, que aclara el pasaje de *Od.* XI 393), y por otro lado profundiza aún más en la dimensión ideológica, en la concepción subyacente de las relaciones entre el hombre y los dioses, lo que equivale en realidad a hacer un estudio del desarrollo del pensamiento griego, en el que la autora evidencia una muy loable mezcla de agudeza y prudencia que huye de elucubraciones gratuitas e infundadas. La madurez intelectual del análisis, complementada con el manejo crítico de una bibliografía realmente ingente (más de 1000 entradas entre ediciones y comentarios, léxicos, monografías y artículos) permite precisar y matizar diversas ideas tradicionales sobre esa evolución del pensamiento griego además de aportar algunas sugestivas e interesantes novedades.

En el estudio de Homero, muy elaborado y donde el plano divino interviene de continuo en la vida de los hombres, se establece una tipología de dichas intervenciones tanto en el plano físico (la fuerza, la protección y ayuda, la enfermedad y el dolor, la guía, el sueño – ὕπνοσ – y el aspecto físico) como en el plano psíquico, donde se distinguen los sentimientos y sensaciones (fuerza moral, miedo y huida, deseo, desgracias y males) y la esfera de lo intelectual (sueños – ἴναρ, ἰνειροσ –, decisiones e ideas, perturbaciones mentales y la inspiración poética) y que sirve de sólida base para el análisis del desarrollo del fenómeno estudiado en los siglos y autores siguientes. En el mundo de los líricos sigue viva la creencia en las intervenciones divinas dentro la religión olímpica tradicional, aunque ya se apuntan algunas otras formas de religiosidad, y hay una profundización (anunciada en Hesíodo) en algunos campos como el del deseo y el de la inspiración poética, concebida ya, con evidente avance del plano humano, como una acción conjunta del hombre y la divinidad. En este capítulo, y en la línea de exhaustividad de todo el trabajo, está todo lo fundamental y más, pero quizá merecía también mención la actitud irreverente e irónica presente en los Frs. 32, 34 y 36 W. del efesio Hiponacte a propósito de las frustradas intervenciones divinas de Hermes y de Pluto (cf. el vbo. δίδωμι), o su referencia a los efectos del vino (Fr. 67 W. ολίγα φρονέουσιν οἰχάλιν πεποκότεσ) como se hace con otros autores (cf. pp. 114, 125), y debe revisarse la afirmación hecha en p. 111, pues el término Γειροσ, sí se encuentra, calificado como γλυκός, en Arquíloco (cf. Fr. 80.3 Adrados, en el suplemento de 1981 = Fr. 188.3 W., 2ª ed.). En contraste con la épica y la lírica encontramos en el capítulo dedicado a los filósofos presocráticos

la aparición de un nuevo concepto de divinidad, más depurado, o abstracto, a lo que seguirá el giro antropocéntrico y el relativismo de los Sofistas que se dejará sentir en la obra de otros autores. Los avances intelectuales de los presocráticos se reflejan asimismo en el *corpus hippocraticum* donde se buscan ya fuera del mundo divino las causas de las enfermedades rechazando la visión tradicional que solía ver en ellas un castigo fruto de la intervención divina. Excelente el capítulo dedicado a la tragedia que con sus casi 300 páginas, en las que se analizan con detalle y hondura 32 obras, podría constituir por sí mismo una interesantísima monografía. Se destaca en Esquilo la doble motivación, la conjunción de los planos humano y divino, reflejada en el léxico en términos como συνάπτω, μεταίτιος, συλλήπτωρ, etc., la aparente lejanía del elemento divino en Sófocles, pero que al final se revela dando una nueva dimensión a las acciones humanas, y las intensas pasiones que están por encima de la razón junto a lo complejo y contradictorio de las relaciones entre dioses y hombres que se desprende del análisis de los textos de Eurípides, que no transmiten un pensamiento sistemático en materia religiosa que pueda reducirse a una interpretación unilateral: junto a las frecuentes críticas hechas desde una visión racionalista a la divinidad por su injusticia, crueldad y comportamiento inmoral, también se insiste (cf. *Bacantes*) en la necesidad de aceptar el poder de los dioses y lo sabio de esta actitud. Interesante el estudio de Heródoto en cuya obra coexiste una visión inmoral, amoral (o "premoral") y moral de la divinidad, y excelente y revelador resulta el apartado final del libro, dedicado a Tucídides, donde se aprecia el alto grado de irracionalidad existente en los acontecimientos humanos. El plano humano pasa a ser primordial frente al divino, pero de los dos polos opuestos presentes en la φύσις Ἰνθροπειία es el irracional, realizado en Φλίς, Ἐργή, θυμός, etc., el que se impone al final de la obra al elemento racional. Y junto a él, el factor irracional externo e incontrolable, el complejo concepto de la τύχη (ya insinuada en Eurípides) del que se hace un agudo análisis y que tan distinta se revela en el Pericles de 1.140 del de 2.64 ante el fracaso de la razón frente los elementos irracionales e inesperados. En definitiva se evidencia lo mucho que de Homero a Tucídides se ha avanzado desde un pensamiento teocéntrico a uno antropocéntrico, pero no estamos sin más ante un paso del mito al *logos*, entendidos como dos modos de pensar excluyentes en los que lo racional supera definitivamente a lo mítico, concebido como irracional, sino que, en la línea de Duch, llegamos más bien a una coexistencia de ambos planos. Eurípides y Tucídides, autores tradicionalmente considerados representantes del racionalismo, alcanzan, como resalta la autora, ese punto de fusión entre mito y *logos*, comprendiendo por primera vez que la razón es sólo una forma de mirar el mundo que no puede explicarlo todo, sino que necesita complementarse con el mito para ofrecer una visión justa y acabada de la realidad y de las fuerzas que dominan al hombre: la razón ni lo explica todo, ni puede eliminar esos poderes superiores al hombre que se vinculan en mayor o menor grado con los dioses.

En el aspecto puramente formal, el reducido tipo de letra usado, sin duda por economía, resulta un tanto fatigoso para el lector. Las erratas, bastante escasas en proporción al número de pp., son a veces simples despistes (e.g.: n. 163 "de los hombres" por "de los dioses"; p. 205 "nos reconocen" por "no reconocen"; p. 312 "sin un" por "si un"; n. 2221 "Esto debe..." por "Esto no debe...") y otras nacen, sin duda, del proceso de reelaboración informática: palabras que quedan aisladas (p. 82; n. 532) o se duplican (n. 157); faltas de concordancia (p. 474 correspondan; p. 484 puede; n. 2234 importantes) o la alusión en n. 1019 a una traducción dada que en realidad no se ofrece. En ocasiones hay en la exposición cierta insistencia en

aspectos o cosas ya señaladas, reminiscencia del estilo "de tesis", y en algunas notas podría hacerse uso de referencias cruzadas (nn. 1404 y 2002; nn. 2312 y 2362, o en las repetidas referencias a la relación boda-muerte). Pero estos detalles en modo alguno empañan la calidad y los logros de este concienzudo y esforzado estudio en el que el ejercicio de honestidad intelectual realizado por la autora en busca de Σλήθεια se complementa con altas dosis de σοφία.

LUIS ALFONSO LLERA FUEYO

CHUAQUI, C., *Musicología griega*, Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 45, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Autónoma Nacional de México, Méjico, 2000.

Constituye el presente volumen una *rara avis* dentro de la filología clásica en lengua española por diversos motivos: uno es la escasez de estudios y traducciones sobre teoría musical griega en nuestro idioma, con las dificultades que ello implica para el nuevo traductor; otro, son las exigencias que plantea al estudioso la musicología griega: no basta con ser un filólogo preparado para comprender textos técnicos y a menudo oscuros, sino que es necesario además poseer conocimientos de teoría musical por lo que respecta a la acústica, armonía e instrumentos musicales. Y Carmen Chuaqui añade a estas disciplinas una de no poca complejidad: la etnomusicología.

La obra está dividida en dos partes: la primera, concebida como introducción teórica a la musicología griega, compuesta a su vez por un capítulo dedicado a la praxis musical y otro a la teoría. En este último se analiza, además de la teoría griega, los orígenes de las culturas musicales india, semítica, árabe y cristiana primitiva. En la segunda parte se ofrece la traducción de tres obras de teoría musical griega (*Elementa harmonica* y *Elementa rhythmica* de Aristóxeno, *De musica* de Ps.Plutarco).

La propuesta de Carmen Chuaqui surge de la constatación por su parte de dos lagunas fundamentales en los estudios sobre la música griega antigua: la primera (ya sugerida por obras musicológicas clásicas como las de Salazar o Bake) se refiere al estudio de la teoría musical griega en su entorno histórico y cultural desde Egipto y el Próximo Oriente hasta Mesopotamia y la India, así como de las que pueden haber recibido influencias de ella, especialmente la árabe. En el prólogo, la autora muestra su rechazo al tipo de estudio filológico predominante en este campo, demasiado apoyado en la conjetura (p. 11) y demasiado cerrado a posibles influencias externas en la música griega (p. 13). En nuestra opinión, la autora exige a los filólogos algo que cae más bien en el ámbito de los musicólogos. En cualquier caso, la necesidad es un hecho y este cambio de óptica puede ofrecer resultados interesantes.

En los dos capítulos introductorios, resultan especialmente claros y útiles al filólogo clásico los apartados dedicados a la composición (pp. 44-49, en las que el "método comparativo" ofrece datos interesantes), a la notación e interpretación de partituras (p. 49, aunque su explicación de las causas por las que la notación se ha perdido en los textos musicales resulta en exceso simplificadora sobre una cuestión tan sujeta a debate; a su afirmación de que la notación se utilizaba sólo como recurso mnemotécnico en las escuelas musicales cabría replicar preguntando por qué los fragmentos musicales conservados nos han

llegado a menudo en forma epigráfica), la teoría pitagórica (pp. 75-85) y la distinción entre rítmica y métrica (pp. 95-102). Resulta, por el contrario, demasiado prolija su exposición de las teorías de Parry acerca de la dicción formular épica (pp. 32-44), sobre todo si se pretende extraer de ella no sólo un método de composición para la poesía, sino también para la música; según Chuaqui (p. 46), lo que las fórmulas son al poema épico, lo son los *nomoi* a la música, sugerente paralelismo que queda desvirtuado por la posterior identificación entre *nomoi* y *tropoi*, que más bien corresponden a distintas etapas en la evolución de la música griega (cf., p. ej., G. Comotti, *La música en la cultura griega y romana*, vol. 1 de *Historia de la Música*, ed. Turner Música, Madrid, 1986, pp. 16-27). Cabe, además, reprochar algunos deslices causados, aparentemente por una lectura poco rigurosa de las fuentes y de sus exegetas modernos: por ejemplo, en la p. 94, se aplica a toda la teoría musical griega una noción muy sofisticada que sólo existe a partir de Tolomeo, como es la distinción $\kappa\alpha\tau\prime\ \theta\acute{\epsilon}\sigma\iota\nu$ / $\kappa\alpha\tau\prime\ \delta\acute{\upsilon}\nu\alpha\mu\iota\nu$ en las tonalidades. El que su exposición de la teoría musical tenga carácter introductorio puede disculpar esta clase de generalizaciones. Sin embargo, no es en absoluto aceptable una afirmación como la que encontramos en la página 74: "Aristóxeno dividió la octava en 22 microintervalos", que viola, en su intento de establecer una comparación con la teoría india, no sólo la letra, sino también el espíritu de la teoría aristoxénica; la gravedad del error aumenta si pensamos que una de las obras por ella traducida es la de Aristóxeno.

La otra novedad de la obra de Chuaqui consiste precisamente en la traducción a nuestra lengua, por vez primera, de dos tratados de gran interés en la historia de la teoría musical: los *Elementa harmonica* y los *Elementa rhythmica* de Aristóxeno de Tarento. Junto a éstos se ofrece otra traducción, igualmente interesante: el pseudoplatarqueo *De musica* (Carmen Chuaqui, que anuncia su traducción de esta obra como la primera al español [p. 12], ignora la realizada por M. García Valdés en *Plutarco: obras morales y de costumbres*, Madrid, 1987). Estos tres tratados ocupan la segunda parte del libro.

El propósito que ha guiado a Chuaqui al concebir su obra es, según sus palabras, acercar la materia "al lector común" y ofrecerle "una idea general pero bien documentada" (p. 11) al modo de las introducciones a esta materia ya existentes en otras lenguas, añadiendo tres traducciones; la autora muestra también su esperanza de que "un análisis de los principios básicos de la música griega y de su entorno cultural permita al estudiante o al experto en filología clásica comprender y disfrutar mejor las obras literarias originariamente dotadas de música" (p. 12). Dicho propósito queda patente en las traducciones, en general fieles al significado (siendo más lograda la del Ps. Plutarco) aunque alejadas del estilo del original. Es de lamentar, en cualquier caso, el descuido y la carencia de una norma clara a la hora de transcribir y acentuar los nombres propios y tecnicismos griegos, pues lo que la autora expone (p. 21) y utiliza no es propiamente un sistema de transcripción, sino de transliteración que no distingue cantidades en las vocales e ignora los problemas de acentuación, dando lugar a numerosas incoherencias. La exigencia de un criterio sólido en este sentido se torna mayor en traducciones que pueden ser la referencia para estudios posteriores sobre el tema en nuestro idioma. Pero si un rasgo destaca en estas traducciones es la parquedad, cuando no ausencia, de notas en ellas, que la autora justifica, en el caso del Ps. Plutarco, porque "la argumentación teórica es tan pobre y mal hilvanada que realmente no vale la pena detenerse a poner notas explicativas" (p. 131). En la obra de Aristóxeno, la justificación es igualmente peregrina: "no entorpecer la lectura de un texto de por sí bastante difícil" (p. 179). En ambos casos se remite a los capítulos introductorios para que el lector solvente las dudas sobre teoría musical que

puedan surgir, pero éstos resultan insuficientes. No sabemos si la lectura de estas obras podrá llevar a saborear mejor los poemas de Safo o los coros de Píndaro, pero sin las notas debidas puede desanimar incluso a quien se acerque a ellas con un interés científico.

La propuesta de Carmen Chuaqui es estimulante, además de necesaria. Posee el valor innegable de ofrecer unas traducciones inéditas y abrir nuevas perspectivas al estudio de la teoría y la práctica musical de la Grecia antigua. Y su autora da en ella muestras del entusiasmo y la amplitud de miras necesarios para progresar en la tarea. Pero habrá de cuidarse de no caer en la falta de rigor en aras del afán de hacer accesible la materia al lector menos especializado.

FRANCISCO JAVIER PÉREZ CARTAGENA

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

BEEKES, R. S. P., *The Origin of the Etruscans*, Amsterdam, Akademie van Wetenschappen, 2003.

Este librito del prof. Beekes argumenta a favor del origen asiático, lidio, de los etruscos, tal como dicen autores antiguos como Heródoto y Dionisio de Halicarnaso y como parece evidente por mil razones, bien explicadas por el autor. Solo los excesos nacionalistas de Pallottino y su escuela se han negado a aceptarlo, diciendo que los lidios venían de Etruria o que unos y otros eran una rama común del preindoeuropeo.

El argumento negativo de que el reino lidio de época clásica, con capital en Sardes, no tenía salida la mar, es refutado con la hipótesis de que en fecha anterior los lidios estarían asentados en torno a la Propóntide y la cosata del Helesponto. Serían los antiguos meonios (como los nombra Homero entre otros), en torno a la Propóntide y no en su asiento posterior) y tendrían relación con la tierra de Masas, cuya raíz Ma (el nombre de la reina madre) sería la misma de Meonia.

Este no es sino el comienzo de la argumentación, que lleva, en definitiva, a la propuesta de que los lidios, empujados por la invasión frigia en torno al 1.200 a. C., habrían emigrado desde esa región lidia hacia Italia en la fecha mencionada. El nombre de pelasgos, a veces dado a los tirrenos, se refería en principio a todos los pueblos no indoeuropeos, de ahí su significado ambiguo (tirrenos o no), en ocasiones. El lidio quizá se hablaba en Troya (aunque el autor evita la equiparación de *Truisa* con *-turs-*).

Se añaden múltiples argumentos, resumidos en p. 36: el nombre de tirrenos, conocido en Asia y equivalente al de tirrenos; huellas de su lengua y población en Lemnos, Plakié y Skilaké; nombres de sus jefes como Tarchon y Nanas, cf. el dios hetita *Tarhun(t)*; el sufijo *-anos*; la evidencia arqueológica de que un pueblo llegó a Italia en torno al 1.200; etc.

No puedo sino decir que me encuentro completamente de acuerdo. Solo encuentro en el libro una laguna, y grande: el etrusco (y la lengua emparentada de Lemnos) son lenguas indoeuropeas de tipo minorasiático, ni más ni menos que el lidio, licio y demás, pero no

hetita, como creo haber demostrado en una serie de artículos: «Etruscan as an IE Anatolian (but not Hittite) Language», *JIES* 17, 1989 (1990), pp. 363-383 y «More on Etruscan as an IE-Anatolian Language», *Historical Linguistics* 107, pp. 54-76. También Beekes («The Origin of the Etruscan», *Indogermanica et Italica*, Innsbruck 1993). Creo que es el argumento decisivo. ¿Por qué Beekes, en este librito, ni siquiera toca esta cuestión?)

El libro, muy útil para disipar viejos fantasmas, termina con índice bibliográfico.

F. R. ADRADOS

AGUILERA MARTÍN, ANTONIO, *El Monte Testaccio y la llanura subaventina. Topografía extra portam Trigeminam*. CSIC, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (Serie Arqueológica 6), Roma 2002. 258 pp., ISBN 84-00-08039-4.

El libro de Antonio Aguilera se enmarca dentro de los trabajos que la misión de la Real Academia española realiza en el Monte Testaccio desde hace ya algunos años. Aguilera estudia la formación e historia del Monte Testaccio a partir de los nuevos datos extraídos por la excavación española que allí se desarrolla desde 1989. Pero el libro no sólo se limita a estudiar la formación del Monte si no que también pretende insertarla en su contexto topográfico, esto es, en la *Regio XIII* de la Roma clásica, estudiando de paso las vías de acceso a ésta desde el mar, por lo que el trabajo está dividido en tres capítulos claramente diferentes entre sí y sin embargo muy relacionados.

En efecto, el primer capítulo, titulado “Ostia y el Tíber”, se introduce con un estudio exhaustivo de las fuentes existentes para conocer la fundación y localización del primitivo asentamiento de Ostia, decantándose el autor por la reciente teoría de Coarelli que lo sitúa en la orilla derecha de la desembocadura del Tíber. En el mismo capítulo Aguilera estudia la evolución del río como vía de transporte hacia Roma y en particular el autor plantea la existencia de un camino de sirga desde mediados de la segunda centuria a.C. que cambió de orilla varias veces en el tiempo según las necesidades del abastecimiento. Así, desde mediados del siglo II a.C. hasta la fundación de Portus el camino de sirga transcurrió por la orilla izquierda, mientras que dicha fundación comportó el traslado del camino a la orilla derecha.

En el segundo capítulo, dedicado al Emporio y al complejo portuario fluvial de la llanura subaventina, Aguilera estudia los orígenes de ese puerto y su evolución a lo largo del tiempo, dividiendo las construcciones allí existentes en tres grandes bloques cronológicos que constituirían tres impulsos distintos a la edificación de la zona. El primer momento edilicio coincidiría con la fundación misma del puerto subaventino, hecho relacionado con la creación del *portorio* de Puteoli del año 194 a.C. y materializado en Roma con la construcción del *Emporio* y la *Porticus Aemilia* tras la segunda guerra púnica. Un segundo momento estaría constituido por la creación del camino de sirga de la orilla izquierda del Tíber, la reestructuración del *portus Tiberinus* en la zona del Foro Boario y la construcción de los *horrea Galbana*, todo ello realizado a mediados del siglo II a.C. El tercer momento constructivo estaría constituido por la edificación de los *horrea Seiana* y los *horrea Lolliana*, ambos a finales de la década del 70 a.C. En este tercer momento también habría sido constituido el vertedero que hoy conocemos como Monte Testaccio, mientras que las primeras descargas del

mismo no habrían estado constituidas por ánforas de aceite bético si no por ánforas aceiteras brindisinas. Según Aguilera, la creación de la muralla aureliana sofocó la viabilidad de la zona, por lo que el fin del monte Testaccio estaría relacionado con dicha construcción.

Este segundo capítulo no sólo abarca la zona del puerto fluvial subaventino si no que se amplía para proponer una nueva teoría sobre la disposición de los *vici* de la *Regio XIII* en base a los Regionarios, la *Base Capitolina* (CIL VI 975) y el Itinerario de Einsiedeln. De forma muy convincente, el autor dispone sobre el plano los *vici* de dicha región, topónimos de los que hasta la fecha se desconocía su localización exacta. Es el caso, por ejemplo, de lugares como el *Forum Pistorum*, la *Porticus Fabaria*, el *Armilustrium*, el Loreto mayor y el menor, el *Platanonis*, etc.

En el tercer capítulo se estudian en un primer apartado las noticias históricas que tenemos del Testaccio hasta nuestros días. Más tarde, Aguilera revisa la cronología de los diversos sondeos realizados en el siglo XIX por Dressel y Bruzza y rectifica diversas dataciones propuestas por ellos. Una vez depurados los datos aportados por ambos, los recogidos en su día por las prospecciones de Rodríguez Almeida y los nuevos datos aportados por la excavación que actualmente sigue la Real Academia en el Testaccio, el autor plantea una hipótesis evolutiva del Testaccio, desde su creación hasta hoy. Según Aguilera, el Testaccio habría sido constituido como vertedero hacia el año 74 a.C. y se utilizó hasta que la construcción de la muralla aureliana interrumpió la viabilidad de la zona. El Monte habría dispuesto de tres plataformas: la primera construida entre el año 74 a.C. y el 149 d.C.; la segunda, añadida a occidente de la primera, que funcionó entre los años 161 y 224 d.C. y finalmente, una tercera plataforma, a oriente de la primera, que se dataría entre los años 224 y 265, siendo éste el año aproximado de abandono del Monte, clausurado por la construcción de la muralla aureliana. Por ello, los *curatores* del vertedero se verían obligados a buscar un nuevo lugar donde acumular las ánforas aceiteras que obviamente seguirían llegando a Roma. Ese nuevo lugar debió estar sin duda en la orilla contraria del río, aunque desconozcamos aún su situación exacta.

El libro destaca también por sus ilustraciones, muy interesantes, así como la planimetría de la zona, de gran precisión. Los índices son muy útiles y la calidad de la publicación muy agradable.

J. M^a BLÁZQUEZ MARTÍNEZ

FABRE, GEORGES - SILLIÈRES, PIERRE, *Inscriptions Latines d'Aquitaine (I.L.A.). Lecture*. De Boccard. Bordeaux 2000. 254 pp.

Dentro del programa PETRAE (*Programme d'Enregistrement, de Traitement et de Recherches Automatiques en Épigraphie*) y del proyecto de edición de las *Inscriptions Latines d'Aquitaine (I.L.A.)* salió a la luz en el año 2000 el volumen correspondiente a *Lactora*, pequeño municipio de derecho latino situado en el interior de la provincia. Se trata de un reducido *corpus* compuesto por 38 inscripciones de la ciudad + once realizadas en lo que se sigue denominando *instrumenta domestica* + doce inscripciones del territorio de los *lactorates*.

Un número reducido cuya variedad queda aún más limitada tanto en la temática (existen nada menos que 22 altares dedicados *M(atri) D(eum)*), como en la cronología (nueve aras

están fechadas por datación consular el 8 de diciembre de 241). Se trata de otros tantos *taurobolia* (escrito *tauropolivm*, salvo el nº 3 que se encuentra perdido y que probablemente también lo tenía escrito con ⟨p⟩), localizados en el tiempo en dos momentos precisos (en torno al 175, en época de Marco Aurelio; y en 239 y 241, en tiempos de Gordiano II).

La mayor parte de las inscripciones se encuentra ya publicada en *CIL* XIII, obra de O. Hirschfeld (1899 y 1916). Tan sólo se incluyen 4 nuevas inscripciones, que corresponden a un *instrumentum domesticum* (nº 42), y 3 pequeños fragmentos (48-50). ¿Qué sentido o qué novedades presenta, pues, la obra? Desde luego la visión de conjunto, que excede toda buena recopilación. Pero además, con sus continuas puntualizaciones corrige morfología de soportes (30, 44, 45), lectura del texto (v. aparato crítico en casi todos los epígrafes), datación de algunas inscripciones, etc.

El trabajo consta de una muy buena introducción, generosa en contenido, completa, donde se aborda gran número de temas concernientes a la historia antigua de la ciudad a partir de la epigrafía (pp. 15-107). Así, se van estudiando el territorio, la evolución de la ciudad en el tiempo, las instituciones políticas y administrativas, el culto de Cíbele, la onomástica... pero también los soportes con sus perfiles, la tradición manuscrita, la escritura, la lengua y la cultura ... Especialmente interesante resulta el capítulo dedicado al taller epigráfico de *Lactora*, donde se estudia en primer lugar la dificultad para incluir un texto largo en un campo epigráfico reducido, previamente preparado, lo que provoca en varios epígrafes que las últimas líneas del texto invadan molduras, zócalo, etc. o se escriban en un tamaño notablemente menor.

Los autores – dos especialistas en estudios sobre Hispania desde su vinculación hace ya muchos años a la Casa de Velázquez –, que tienen sobre sí una larga experiencia en la edición de inscripciones, y que reúnen en sus personas conocimientos de arqueología, epigrafía, historia antigua, etc. realizan aquí un trabajo exhaustivo e impecable.

Dentro del corpus es muy destacable la inclusión de fotos de cada pieza junto a la ficha correspondiente. Y decimos fotos en plural porque de algún altar se reproducen hasta seis (nº 8) y cinco fotos (nº 4, 6), algo que parece necesario e imprescindible cuando se considera que una inscripción es algo más que el texto latino, y se observan distintas partes del soporte (*focus*, iconografía en laterales, texto, detalles del mismo), pero que el deseo de economizar la edición priva habitualmente al lector de esta visión de conjunto.

Son interesantes los dos *carmina* del corpus. El nº 30, que corresponde a un hexámetro dactílico donde corrigen la edición de Bücheler-Lommatzsch (*CLE* 825, no citada sorprendentemente ni en la bibliografía ni en el aparato crítico), cuya última palabra *parentes* es corregida por *sodales* a partir de la tradición manuscrita del epígrafe. Un septenario trocaico con algunas dificultades métricas (*CLE* 247 c), cuya cita de Bücheler es también omitida por los autores y de la que se da el interesante artículo de Cumont en la bibliografía. Las dificultades de introducir este texto en el campo epigráfico hace que no se distinga de forma gráfica la parte versificada de la prosaica, hecho excepcional puesto que en los *carmina* habitualmente la presentación gráfica indicaba de alguna manera al lector que se encontraba ante un epígrafe que tenía algo que rompía las fórmulas habituales.

Al cuerpo escrito hay que añadir el conjunto de gráficos (mapas, fotos) e, índices que completan la edición.

A pesar de que la obra nos parece impecable, a partir de las fotos (de gran calidad, por otra parte), podríamos hacer alguna observación a la edición de los textos. En el nº 45, ¿existe

realmente una T al final de la l. 3? Por la foto parece que no. En nº 51, en l. 1 conservada editan FILE, cuando parece que se debería haber editado FIL . E, puesto que se ve parte del signo de interpunción, y además el espacio entre la L y la E es muchísimo mayor que entre las demás letras que pertenecen a la misma palabra, por lo que aun no viéndose el signo de interpunción, se intuye que ahí debe haber separación de palabras.

JAVIER DEL HOYO
Universidad Autónoma de Madrid

V. VARIA

BETANCOR LEÓN, MIGUEL ÁNGEL - SANTANA HENRÍQUEZ, GERMÁN - VILANOU TORRANO, CONRADO, *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid, Universidad de Las Palmas - Ediciones Clásicas, 2001, 214 pp., 8 ilustraciones.

En una época como la nuestra, impregnada de espectáculos de todo tipo, especialmente de los deportivos, es de agradecer la publicación de obras como la que comentamos para hacernos una idea de los profundos cambios que a este respecto ha sufrido la humanidad desde los lejanos tiempos de los griegos antiguos hasta nosotros. La obra tiene como eje central la edición latina, traducción castellana y notas de dos obritas de los siglos II y III de nuestra era que llevan por título *De spectaculis* y que corresponden a los Padres de la Iglesia Tertuliano y Novaciano, la de éste considerada hasta hace poco como obra de San Cípriano. En palabras de sus autores, la publicación pretende hacer una reflexión “sobre el fenómeno del deporte entendido como juego y espectáculo” (p. 9) y para tal fin estructuran su trabajo en tres grandes capítulos, dedicados a una introducción histórica (cap. I), a la evolución de los juegos a los espectáculos deportivos (cap. II) y a la edición, traducción y notas de las obritas citadas (cap. III). El libro viene precedido de un interesante prefacio, cuyo autor es nada menos que D. Juan Antonio Samaranch, quien fuera durante tantos años Presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), organismo que, en palabras de tan ilustre personalidad, “estimula y apoya siempre los trabajos de investigación sobre el deporte” (p. 11).

El capítulo primero (pp. 15-40) es una más que interesante introducción histórica a la evolución del deporte, de los juegos y del espectáculo en general hasta el comienzo de la Edad Media. Aquí se hace patente que el origen y desarrollo del deporte es algo consustancial a la historia de la civilización clásica hasta el punto de poder afirmarse, como hacen sus autores, que una de las “diferencias substanciales entre el mundo griego y las otras culturas vecinas viene determinada justamente por la práctica sistemática de los ejercicios deportivos” (p. 18). En este capítulo introductorio se abordan cuestiones tan interesantes como el deporte en la *polis* griega (pp. 16-19), el choque entre el universalismo cosmopolita heleno y la religiosidad israelita (pp. 19-21), la *paideia* griega frente a la *paideia Christi* (pp. 21-24), las metáforas del deporte pagano trasladadas a la nueva religión cristiana (pp. 24-28), la condena de los espectáculos (pp. 28-37), la renuncia a las *pompa diaboli* (pp. 38-38) y la ascética cristiana (pp. 39-40). Se hace, pues, en este capítulo toda una historia desde una concepción y práctica de los juegos desde el punto de vista agonial, tal y como caracterizaba a la sociedad

griega antigua, hasta el total rechazo, y condena subsiguiente, por parte de Tertuliano y Novaciano, al considerar los juegos atléticos como idolátricos, dado que fueron instaurados en honor de los dioses paganos.

El segundo capítulo tiene como título “De los juegos a los espectáculos deportivos” (pp. 41-83) y en él se hacen unas sugestivas reflexiones sobre cuestiones tan profundas como la predisposición natural del hombre hacia el juego y la fiesta (pp. 41-43), con una curiosa incursión en las fiestas de la cosecha de los antiguos pobladores de las Islas Canarias (p. 43), una concesión al origen canario de los autores de la monografía que comentamos. El resto del capítulo se dedica al mundo lúdico medieval (pp. 43-50), la crisis del juego con el impacto de la modernidad (pp. 51-55), la nueva cultura del espectáculo (pp. 55-59), el reto de la cultura corporal (pp. 60-61), el mito mecánico (pp. 61-65), cuerpos a motor (pp. 65-69), del robot al cyborg (pp. 69-72), el cuerpo y lo virtual (pp. 72-78) y la reconfiguración del cuerpo en un contexto imaginativo (pp. 79-83).

El capítulo tercero (pp. 85-205) ocupa la edición y traducción de los mencionados escritos de Tertuliano y Novaciano que llevan por título *De spectaculis*. En el caso del escritor de Cartago se ofrece una rica introducción referida a su vida y obra, así como al análisis de su *De spectaculis* (detallada capítulo a capítulo), treinta en total, y a la repercusión que tuvo posteriormente en otros autores cristianos como San Cipriano, Comodiano, Arnobio, Lactancio, San Jerónimo, Salviano, etc. No se hace lo mismo con el tratadito de Novaciano, cuando, a nuestro entender, por tratarse de un autor mucho menos conocido, más necesidad habría de alguna referencia a su vida y obra. No obstante, las traducciones castellanas de ambos están muy bien hechas, con una prosa castellana muy clara y ajustada al texto latino. En el caso, igualmente, de Tertuliano la traducción se acompaña de unas doscientas notas a pie de página que explican todo tipo de cuestiones escabrosas que el texto original pueda presentar: de léxico, de gramática, de estilo, de mitología, de *realia*, etc. Para el texto latino se han tenido en cuenta las ediciones de E. Dekkers (para Tertuliano) y G. F. Diercks (para Novaciano). La obra se termina con una copiosa y exhaustiva bibliografía (pp. 207-211) y un índice de las fuentes antiguas consultadas (pp. 213-214).

Los textos de Tertuliano y Novaciano son de los más rigurosos en contra de los espectáculos y juegos que tenían lugar en el teatro, anfiteatro y carreras de circo. Su intransigente postura a los mismos le llevaron a un enfrentamiento dentro del seno de la propia Iglesia cristiana. Desde los primeros capítulos de sus obras ambos autores se esfuerzan en demostrar la incompatibilidad de los espectáculos con la verdadera religión, sobre la base de una triple argumentación: los juegos son idolátricos, los juegos pecan contra la verdad y los juegos son contrarios a la disciplina contenida en las Escrituras. Por todo ello, la presente obra se hace imprescindible para ver cómo ha evolucionado en estos siglos la Iglesia Católica desde los tiempos de Tertuliano hasta el nacimiento del moderno Movimiento Olímpico y sus relaciones con el Vaticano.

Hay algunos deslices que, sin embargo, no desmerecen en nada el alto nivel valorativo que concedemos a esta obra. Por ejemplo, en la nota preliminar (p. 9) que la obra consta de cuatro capítulos, cuando en realidad son tres; citar un trabajo de D. Pedro Laín Entralgo dos veces en la bibliografía, una por la entrada Laín y otra por Entralgo; poner entre las fuentes antiguas consultadas el nombre de W. G. Leibniz (en todo caso sería *Monadología* el título que debiera figurar en orden alfabético). Frente a estas minucias es, en cambio, mucho lo que

los autores ofrecen al lector que quiera hacerse una idea del cambio de perspectiva que la valoración de los juegos deportivos y espectáculos ha tenido desde los primeros años de nuestra era a la actualidad.

MARCOS MARTÍNEZ
Universidad Complutense de Madrid

MARTÍNEZ, MARCOS, *Ensayos de Filología Clásica*, La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2001. 419 pp.

Los doce trabajos recogidos en este volumen constituyen una buena muestra de la labor que se puede hacer actualmente en la moderna investigación en Filología Clásica, disciplina que requiere, según el autor, un nuevo planteamiento tanto en sus métodos de trabajo como en los de su enseñanza, y para la cual defiende un nuevo enfoque renovador. Es concebida más como una disciplina educativa idónea para la formación mental, moral, estética y literaria de las personas, que como lo que tradicionalmente se ha considerado, una ciencia del texto. Este enfoque conlleva una concepción global y unitaria de la Filología Clásica que abarque la Filología Griega y la Filología Latina, y que el autor entiende como el estudio de toda la Antigüedad clásica, tanto griega como latina, a través, principalmente, de los textos originales. En ese estudio de los textos es necesario que se haga ver siempre su valor de referencia con la realidad actual.

Este concepto de la Filología Clásica lo desarrolla el autor en los ensayos que analizamos y que giran en torno a algunas de las líneas de investigación que ha venido desarrollando, a saber, literatura erótica griega, lingüística y semántica griega, tradición y pervivencia de la cultura clásica en la literatura canaria y el periodismo español actual, historia de la Filología Clásica, mitología e historia de las Islas Canarias, islas poéticas en la literatura grecolatina antigua y medieval, y didáctica de la Filología Clásica en general y de la Filología Griega en particular. Como se puede observar, algunos de estos ámbitos han atraído el interés de la actual investigación española, o han sido tratados parcialmente, pero no la gran mayoría. En los últimos –me refiero a los estudios semánticos, la historia y mitología de las Islas Canarias, la literatura erótica y el estudio de las islas poéticas o mitológicas– el profesor Martínez establece por primera vez un método de trabajo riguroso, válido y serio para su estudio, llegando en todos ellos a una serie de resultados y conclusiones que constituyen puertas abiertas para futuras investigaciones.

El libro se inicia con un breve prólogo en el que el autor justifica el título del mismo, realiza una breve reseña del contenido de cada ensayo e indica finalmente el lugar y fecha de la publicación original. Le siguen los doce ensayos sin que aparezca al final ningún tipo de apéndice o relación de términos, nombres o temas tratados. Del primer ensayo («La Filología Griega en tiempos de crisis: hacia un nuevo planteamiento») señalamos las sugerentes ideas que plantea el autor con la intención de construir la Filología Clásica del siglo XXI: aplicación de nuevos métodos didácticos en enseñanza secundaria y Universidad, reforma de los planes de estudios y sus contenidos, nueva selección de autores (mitógrafos, paradoxógrafos, biógrafos, autores de cartas, etc.), modernidad y actualización de la Antigüedad, interdisciplinariedad enfocada al estudio de la recepción y tradición de las obras clásicas en otras literaturas y que

puede llegar a ser la clave de la supervivencia de la disciplina. Relacionado con este ensayo está «La selección temática de los textos griegos», pues en él desarrolla todo un *canon* de autores griegos y temas diversos a estudiar que se alejan sustancialmente de los tradicionales y que se ha de regir por los siguientes principios: temas interesantes, textos bien seleccionados y breves con buenos estudios teóricos que apoyen el comentario de los mismos, y textos relacionados con el entorno vital de los lectores. Sirva como ejemplo su publicación *Textos griegos sobre el amor* (1988). La selección propuesta puede ser ideológica o conceptual, puede realizarse en el ámbito de la mitología y centrarse en la historia de un mito determinado y su tratamiento literario desde Homero hasta el final de la Antigüedad; si se hace en el dominio de la filosofía se puede abordar la temática de algunos movimientos filosóficos, las frases más famosas de algunos filósofos, cuestiones filosóficas de eterna actualidad. Por último, en el caso de que se haga por autores, el autor propone el estudio de escritores como Ateneo de Náucratis, Plutarco, Menandro, Eurípides y pasajes concretos de las obras de Homero, Heródoto y Luciano que pueden suscitar la curiosidad y un vivo interés por la literatura griega.

Otro ámbito literario que puede ser sumamente atrayente y sugerente es el de la literatura erótica. En «Cultura Clásica y literatura erótica griega: cartas de amor» el autor, tras analizar el concepto de ‘cultura’, propone un acercamiento a la cultura clásica por otro camino como es el de las cartas de amor de Filóstrato, Alcifrón y Aristéneto, autores de época imperial. Pensamos que esta nueva temática permite hacer ver que los sentimientos y pasiones generados por el amor son iguales en todas los periodos históricos de la humanidad. En algunas de ellas incluso podemos identificarnos con alguno de los personajes y, con ello, conseguir hacer más próxima a nosotros la cultura griega. Relacionado con la Cultura Clásica está también «Textos de ayer, temas de hoy: la cultura clásica en el periodismo español contemporáneo». Es una buena muestra de cuán viva y vigente está la cultura clásica hoy en día y un buen ejemplo de cómo se puede rastrear la prensa diaria en busca de ideas, citas y pensamientos de la Antigüedad utilizados por los periodistas para desarrollar sus artículos y apoyar sus tesis. Este trabajo es novedoso y sumamente enriquecedor por cuanto se aleja de otras propuestas ceñidas exclusivamente a la búsqueda y estudio de citas latinas en la prensa escrita. La Cultura Clásica también está presente en «Cultura Grecolatina y literatura canaria: el mundo clásico en Manuel Verdugo». Con la excusa del poeta modernista-parnasiano canario Manuel Verdugo, el profesor Martínez expone todo un plan de trabajo para estudiar la pervivencia de la Antigüedad clásica en la literatura canaria, cuestión abordada de forma esporádica y no de manera metódica todavía.

El profesor Marcos Martínez es actualmente uno de los mayores especialistas españoles en la investigación semántica aplicada al griego antiguo. No en vano fue el introductor en España, allá por los años setenta del siglo pasado, de la escuela alemana *Sprachinhaltsforschung* o «investigación del contenido lingüístico» en la línea de los filólogos Trier-Weisgerber, que conjugó con la semántica estructural funcional o lexemática de E. Coseriu para estudiar el concepto “dolor” en Sófocles en su tesis doctoral. Remitimos a su manual *Semántica del griego antiguo* (1997), para comprobar los frutos que sus investigaciones semánticas han generado, así como a *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad*, Actas del Congreso Internacional de La Laguna, Madrid, 2 volúmenes, 2000, editadas por el profesor Martínez y otros colegas. Hoy en día estas actas son un instrumento imprescindible para una actualización en los estudios semánticos. En su ensayo «Para una semántica del griego

antiguo» realiza una puesta al día de los estudios semánticos aplicados al griego antiguo desde el año 1984, en el que hiciera una actualización científica de los mismos, hasta el presente y –lo más novedoso- establece todo un programa de investigación semántica del griego antiguo que se recoge en cinco apartados: semántica de las unidades inferiores a la palabra o *fonosemántica*, semántica de la palabra, la semántica de la frase u oración, la semántica del texto y semántica contrastiva. Trabajos del autor y de alumnos suyos ya han aportado conclusiones muy esclarecedoras en algunos de los apartados citados. Otro ensayo semántico es «Las interjecciones de dolor en Sófocles» en el que se analiza uno de los sectores del léxico más importante del dolor por medio del estudio de las catorce interjecciones que en los dramas sofocleos expresan dolor moral o físico. Relacionado también con el estudio del léxico griego está el trabajo «Generalidades sobre el lenguaje coloquial griego». En él se precisa el concepto de lenguaje coloquial por oposición a otros términos como lengua popular, lengua escrita, etc. La cultura griega, inicialmente oral, fue eminentemente coloquial y es a partir del s.v a.C., en las inscripciones y autores cómicos, cuando empezamos a hallar numerosos ejemplos de coloquialismos. Le seguirán el drama satírico, la tragedia, Platón y los oradores áticos. De todos ellos el autor analiza los recursos y mecanismos de que dispone la lengua para expresar este tipo de registro lingüístico.

Una de las líneas de investigación abierta por el profesor Martínez y de la que ya ha dicho cosas definitivas es la relación entre ‘mito grecolatino’ e ‘historia’ presente en la primera historia de las Islas Canarias. Y es que desde los comienzos de su historia, el archipiélago canario ha sufrido un proceso de mitificación debido a su condición de límite del mundo antiguo conocido, por ser islas, por tener montañas y por tener un buen clima y ser sus habitantes muy afables. Este proceso de mitificación se sustenta sobre la base de una serie de textos griegos y latinos y ha sido bautizado por el autor como ‘imaginario clásico canario’. En «Islas Canarias y mitología» se analiza esos temas míticos que han contribuido a conformar esa historia mítico-legendaria de Canarias, entre los que destacamos Islas de los Bienaventurados, Campos Elisios, Islas Afortunadas, Jardín de las Hespérides, San Borondón y Atlántida. Estos aspectos míticos y otros históricos ya habían sido tratados en sus libros *Canarias en la mitología* (1992), *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos* (1996) y *Las Islas Canarias en la Antigüedad clásica. Mito, historia e imaginario* (2002). En relación con esta temática de las islas, el profesor Martínez, un apasionado del universo de las islas, en «Las islas poéticas en la literatura greco-latina antigua y medieval», destaca la relación isla-mitología en el mundo grecolatino, estudia su presencia en las literaturas clásica, románica y celta, en los islarios de los siglos XV y XVI, y propone una tipología de islas poéticas en el mundo grecolatino. Así, habla de islas escatológicas, míticas, utópicas, fantástico-imaginarias, flotantes, legendarias, etc.

Por último, el libro contiene otros dos ensayos que se centran en el drama griego: «El teatro griego», una síntesis muy aprovechable desde el punto de vista didáctico, y en los métodos de selección literaria que existían en las culturas griega y latina de época antigua y que han condicionado la transmisión de la literatura clásica: «El arte de la selección literaria en la Antigüedad: canon, antología-florilegio y centón».

Agradecemos al autor el estricto orden y sistematización en sus exposiciones que permite al lector una cómoda y ágil lectura, – cosa de agradecer en este tipo de obras –, la cuidadísima edición del texto del que sólo hemos encontrado seis erratas, la bien documentada bibliografía

presente en las numerosas y exhaustivas notas, así como los comentarios complementarios que en ellas hay y que sugieren ideas para trabajos posteriores. Para resumir, podemos decir que con este libro se ha contribuido a renovar la Filología Clásica española en sus contenidos y en su investigación, al presentarnos el autor nuevos caminos abiertos en su estudio y enseñanza para un futuro. Deseamos que estos ensayos despierten el necesario interés en el seno de los filólogos clásicos, y que su lectura propicie la reflexión y el debate sobre el futuro de estos estudios.

JOSÉ MARÍA PÉREZ MARTEL

MARTÍNEZ, MARCOS, *Las Islas Canarias en la Antigüedad clásica. Mito, historia e imaginario*. Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 2002.

Ya alguien ha dicho en alguna parte que este país no es pródigo en obras de investigación. Menos aún en obras que inicien un tema de investigación. El profesor Martínez tiene en su haber el gran mérito de ser el iniciador de una línea de investigación que necesitaba con urgencia la Historia de las Islas Canarias que hasta ahora se ha estado escribiendo. La moderna historiografía canaria sostiene que la historia propiamente dicha de las Islas comienza justo en el momento en el que genoveses y mallorquines empiezan a arribar a las costas insulares a partir del siglo XIV, y se deshecha toda la serie de noticias y referencias que autores griegos y latinos como Homero, Hesíodo, Platón, Estrabón, Horacio, Pomponio Mela, Plutarco, Solino, Capela y algunos más, supuestamente dan del Archipiélago. Esas noticias, presentes ya en los primeros cronistas de los siglos XV y XVI, utilizaban denominaciones y temas procedentes de la mitología clásica al hablar de nuestras islas, y con el paso del tiempo han ido conformando una historia mítico-legendaria de la primera historia de las Islas Canarias.

En los últimos años, con gran precisión, rigor y sistematización, como corresponde a un profesional de los textos, el autor ha analizado científicamente todos los textos griegos y latinos que contienen noticias relacionadas tradicionalmente a las Islas Canarias. Después ha organizado, por primera vez, toda la información mitológica de los textos para posteriormente separar lo que corresponde propiamente al mito y lo que es histórico en esos textos grecolatinos. Esa labor, entre otros aspectos más como el estudio del nombre de las islas – para cuyo estudio ha acuñado el término ‘nesonimia’–, autores humanistas renacentistas que hablan de las Canarias -Silvestri, Nebrija y Lucio Marineo Sículo- etc., ya se ha visto plasmada en dos obras suyas: *Canarias en la mitología* (1992) y *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos* (1996), además de numerosas colaboraciones en enciclopedias, diccionarios y artículos de prensa sobre historia y cultura canarias.

Ahora nos presenta un nuevo libro que recoge más trabajos suyos, algunos ya publicados, con los que pretende, según confiesa en el prólogo, sentar las bases de lo que podría ser el legado cultural canario de procedencia grecolatina presente en la literatura, mitología, historia y arte, principalmente, de las Islas Canarias. Con esta necesaria trilogía del profesor Martínez, se contribuye al estudio de uno de los aspectos culturales canarios que junto con otros más conformarían esa rama del saber que el autor ha venido llamando ‘Canariología’.

El libro contiene ocho capítulos, un apéndice documental y una bibliografía final sobre el tema estudiado. En el primer capítulo («El trasfondo mítico de la historia y literatura cana-

rias») el autor explica la razón por la cual las Islas Canarias han experimentado un proceso de mitificación, analiza el conjunto de temas míticos vinculados a Canarias – Océano, Campos Elisios, Islas de los Bienaventurados, Islas Afortunadas, Jardín de las Hespérides, Paraíso, Jardín de las Delicias, Atlántida y San Borondón – que denomina ‘imaginario canario grecolatino’ y que distingue del ‘imaginario canario aborigen’, conformando ambos una ‘Mitología canaria’ como parte, a su vez, de una ‘Mitología atlántica’ derivada de una oceanización u occidentalización de ciertos mitos griegos. Concluye el estudio con un repaso somero de la presencia de los temas míticos grecolatinos en la historia y literatura canarias, que es analizado con mayor profundidad, ahora en el ámbito literario exclusivamente, en el siguiente estudio: «El imaginario mítico-literario de las Islas Canarias». El autor, en la línea de Durand y García Gual, entiende por imaginario el conjunto de imágenes mentales y visuales posibles, o el repertorio de las imágenes o representaciones simbólicas de una cultura o una época. La cultura canaria ha conformado su propio imaginario mitológico de raigambre clásica, y desde sus primeras manifestaciones literarias son numerosas las muestras de su presencia como en los casos de Cairasco de Figueroa, Antonio de Viana, Domingo J. Manrique, Tomás Morales, Manuel Verdugo, Luis Álvarez Cruz y otros más. El sexto capítulo («Eros en la poesía canaria») estudia la presencia del dios Eros bajo sus tres denominaciones posibles – Eros, Cupido y Amor – en once poetas comprendidos entre los siglos XVI y XX. Podemos comprobar en él que las letras canarias no han sido ajenas desde sus comienzos a una temática eminentemente helénica.

Como una parte más del imaginario atlántico que defiende el profesor Martínez, puede hablarse de un imaginario macaronésico ceñido a las Islas Azores, Madeira y Canarias, ya que muestran una unidad cultural en sus mitos, literatura y arte. La cartografía medieval dio buena cuenta a partir del siglo XX de estos archipiélagos macaronésicos junto a los cuales y por todo el Atlántico, como fruto de la fantasía e imaginación, se situaron islas no reales creadas algunas ya desde la misma Antigüedad como Tule o Cerne. Eran islas míticas (Eritía, Hespérides, de los Bienaventurados), escatológicas (isla de Cronos, de Avalón), utópicas (Atlántida, Elíxoia), legendarias (Casitérides, Purpurarias), etc. Todas conforman un imaginario atlántico insular, de entre las cuales destaca por su repercusión en la cultura canaria la isla fantasma de San Brandán o San Borondón. Todas estas apreciaciones se recogen en una serie de artículos recogidos en el capítulo tercero denominado «El imaginario macaronésico».

En el capítulo cuarto, «Canarias: Historia y Mito», el autor profundiza más sobre la relación mito-historia en la cultura canaria analizando cuestiones varias como el estudio de los nombres de las islas, cuestión polémica sobre la que el autor se posiciona en algunos aspectos, y lo que para nosotros es una de las cuestiones de más valor en libro como es la relación de datos verdaderamente históricos de las Islas Canarias en la Antigüedad y Renacimiento (p.105) de entre los que destacamos: posible conocimiento de las Islas por parte de los fenicios (siglo V a.C.) y cartagineses (siglos IV y III a.C.), conocimiento de las Islas por parte de marineros gaditanos que solían pescar por ellas (siglos III y II a.C.), descripción de real de algunas islas hecha por Plutarco en *Vida de Sertorio*, mención y parcial descripción que hacen el romano Estacio Seboso y el rey Juba II, según refiere Plinio en el s.I, creación de la palabra *Canaria* al denominar así Juba II a una isla, nacimiento de ‘Islas Canarias’ en el s.IV por obra de Arnobio, presencia de ánforas y grabados romanos de los siglos III y IV descubiertos en las islas orientales que evidencian contactos entre ellas y la civilización romana. El contacto directo de las fuentes originales, los textos, y su análisis científico, distinguiendo en ellos las noticias reales de las míticas y fantasiosas era lo que

necesitaba con urgencia la historiografía canaria para aclarar muchos aspectos de la primera historia de Canarias. El profesor Martínez es el primero que la ha realizado de forma completa por lo es de justicia que la comunidad científica reconozca esa meritoria labor. Precisamente estas relaciones entre el estudio del mito y la historia más la arqueología, lengua, cartografía y literatura canarias, conformarían una parcela del saber denominada 'Canariología' para la que el autor sienta las bases de su estudio con la relación de la bibliografía aparecida entre los años 1994 y 1997 en el capítulo séptimo.

La figura del geógrafo y naturalista alemán Alejandro de Humboldt en relación su visita en junio de 1799 a las Islas Canarias está ya bien estudiada, pero su relación con el mundo clásico no del todo. La formación humanística del sabio alemán fue muy completa y en sus obras relacionadas con las Islas, gracias a los análisis del profesor Martínez, se puede apreciar cómo ha recibido gran parte de la tradición mítico-literaria que sobre ellas ya se había gestado. Sobresalen cuestiones de geografía mítica relacionadas con el imaginario atlántico insular antes descrito y sus apreciaciones lingüísticas sobre 'nesonimia' o estudio de los nombres de las islas, bien estudiadas en el capítulo quinto («En torno a Humboldt y las Canarias»). El último capítulo («Humanidades clásicas») recoge artículos de prensa y una colaboración en *CFC (egi)*. Todos tratan aspectos relacionados con el mundo clásico como la reforma educativa y su relación con las lenguas clásicas, reseña de un libro de M^a Rosa Alonso, y notas sobre la vida del recordado profesor Alberto Díaz Tejera, dos ilustres 'canariólogos', así como aspectos culturales varios derivados de la organización de cursos por parte del autor. El apéndice documental aporta diecisiete extractos de diversos trabajos del autor y de otros escritores que desarrollan y justifican las tesis del autor expuestas en los capítulos del libro.

De la lectura de este libro se desprende la imagen de un autor dotado de una gran inquietud cultural y curiosidad, la fuente del conocimiento y del saber, que tiene tras de sí innumerables lecturas sobre el tema tratado vertidas en las numerosas referencias y citas bibliográficas de cada ensayo. Además, la amplia actividad cultural que desplegó en su estancia en las Islas Canarias se ve perfectamente plasmada en la celebración de congresos, conferencias y colaboraciones en prensa local relacionadas con las Humanidades clásicas y sus líneas de investigación, y que han quedado recogidas en este libro. Aporta también, como suele hacer en sus trabajos, campos de trabajo para futuras investigaciones, especialmente en el estudio de la pervivencia de la cultura grecolatina en la literatura canaria, y el rastreo y análisis de los mitos clásicos en los historiadores canarios. Es, en suma, una obra que continúa aportando gran cantidad de estudios y análisis científicos serios, rigurosos y muy necesarios sobre la presencia de la cultura grecolatina en la historia y cultura de las Islas Canarias, y que, junto a sus anteriores estudios, están llamados a ser la base sobre la que el autor construirá su anunciada Historia mitológica del Archipiélago canario, y punto de partida imprescindible para ulteriores estudios sobre este tema.

JOSÉ MARÍA PÉREZ MARTEL